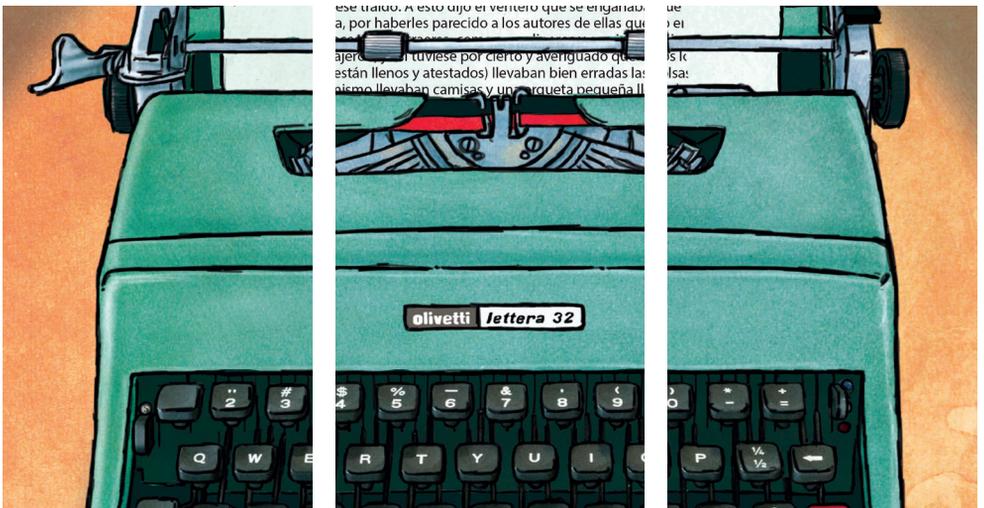
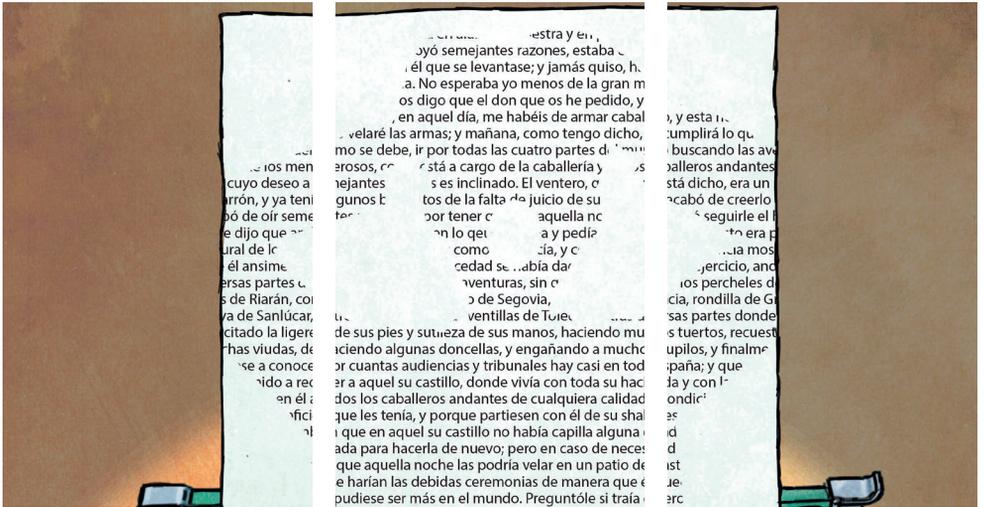


Alberto Reig Tapia

La crítica de la crítica

Inconsecuentes, insustanciales,
impotentes, prepotentes
y equidistantes

SIGLO
XXI
ESPAÑA



IV. LA CRÍTICA IMPOTENTE

Hay pretendidos críticos que con sus piezas más que darnos noticia de un autor o de un libro lo que hacen es poner al descubierto sus propias miserias, sus complejos, sus envidias, sus resentimientos... El caso que vamos ahora a examinar como paradigma máximo resulta verdaderamente sorprendente y elocuente de lo que es la impotencia intelectual. Se inventa nuestro hombre a un enemigo, de esos que en su aparente desvarío considera que huelen a azufre, y lo convierte en un pin-pan-pum de feria en lo que él debe de creer que es una forma de contundente crítica historiográfica. No se para en barras tan insólito Pepito Grillo, digámosle de momento don Pepito no se vaya a enfadar antes de tiempo, pues denigra a los historiadores cuya orientación o publicaciones le disgustan por considerarlos de izquierdas o de filiación marxista (¿?). *Quelle horreur!*, achacándoles actitudes, comportamientos e incluso ideologías o metodologías solo existentes en su calenturienta imaginación y, dicho sea de paso, a cuya altura no alcanza ni con las ridículas alzas del expresidente francés Nicolás Sarkozy. Para mayor (presunto) desvarío les atribuye expresiones de su sola autoría y que lo único que hacen es mostrar su verdadero talante personal. Como nuestro hombre odia al expresidente Rodríguez Zapatero con furia cainita, el agradecido inventor del buen talante político cuyo fracaso es más que evidente leyendo a individuos como el que nos ocupa (Moa en esto —el desprecio a Rodríguez Zapatero—, como otros cavernícolas, es su alma gemela), inferimos que el talante de don Pepito va por otros pagos. Nos estamos refiriendo en concreto a un par o tres de artículos que lo consagran a la vista de lo visto como el nuevo superhéroe, el caza rojos de guardia de la derecha eterna, noble y pura, el *only the lonely*, el solitario, el único, el inmarcesible don Pedro Carlos González Cuevas (PCGC a partir de ahora)¹.

¹ P. C. González Cuevas, «El retorno de la historia de combate», *La crítica* (León), 11 de noviembre de 2015, una «pieza literaria» singularmente zafia que pasamos a comentar.

Inútil aclarar que con los historiadores de su cuerda, con los que le gustan o pueden darle un poco de cancha, su talante sí que se vuelve como el del malvado ZP, suave como el terciopelo como tendremos ocasión de ver rápidamente. Nos llama la atención que estando tan ocupado en el análisis de la historia de las derechas y del pensamiento conservador español, materias sobre las que no deja de verter continuamente escritos varios, encuentre también tiempo para calumniar e insultar a reputados historiadores por el mero hecho de considerarlos vinculados a corrientes políticas de izquierdas. No es que no aprenda nada de aquellos autores de signo político contrario al suyo a los que tanto desprecia, lo que es evidente, es que desgraciadamente no se le pega lo mejor de una personalidad tan potente como la de Gonzalo Fernández de la Mora (GFM), que fue un reaccionario ilustrado, monárquico y franquista acérrimo, que ha sido objeto de su especial predilección². Al menos podía animarse a seguir los sensatos consejos que GFM recomendaba para el ejercicio de la crítica literaria, y quien con independencia de sus ideas políticas era un caballero:

Siempre he afirmado que la crítica filosófica, la artística y la política deben hacerse con respeto a las personas, con voluntad de comprensión y con exquisitos modos. Y millares de páginas dan fe de mi intento de ser consecuente con este imperativo lógico y ético. Cantaba el salmista que la boca expresa lo que rebosa del corazón. Cuando lo que brota del ánimo es hiel, el escritor ha de disciplinarse y verterlo en lugares excusados, por buen gusto y para ahorrárselo a sus lectores. Y quienes postulamos tal deontología literaria, aunque sea muy de tarde en tarde, hemos de señalar, cortés y objetivamente, algún contraejemplo para meditación de aquellos jóvenes cuyo estilo esté todavía en

² P. Carlos González Cuevas, «¿Quién fue Gonzalo Fernández de la Mora?», *Razón Española* 191, Madrid, mayo-junio de 2015. Número muy completo pues en él se incluye también la correspondiente crítica elogiosa de su libro, *La razón conservadora. Gonzalo Fernández de la Mora una biografía político intelectual* (Biblioteca Nueva, Madrid, 2015), otra dedicada a la biografía de Franco de Payne y Palacios. Y para remarcar la faena otro de Arnaud Imatz, «La contaminación ideológica de la historia: el ejemplo emblemático de la historia de España», con lo que bien podemos decir que el número les ha quedado redondo.

formación y puedan salvarse de la insistente tentación de la corrupción literaria³.

Vaya por Dios, el «biografiador» no ha hecho ni puñetero caso de su admirado biografiado. Claro que ya no es precisamente un jovencito. Cómo no darle la razón a don Gonzalo, un intelectual de ideas ultraconservadoras pero de exquisitos modos, al igual que lo era otro de signo político bien opuesto al que tuvimos la fortuna de poder tratar muy de cerca y bastante antes a diferencia del célebre autor del crepúsculo de las ideologías⁴. El talante personal no tiene nada que ver con las ideologías o adscripciones políticas de la gente, pero no solo es importante sino decisivo en las relaciones humanas. Nos referimos en nuestro caso particular a nuestro maestro en Francia, Manuel Tuñón de Lara, que daba similares consejos predicando siempre con el ejemplo y del que algo hemos de decir necesariamente aquí forzados por las circunstancias, como podríamos referirnos también al exquisito trato recibido por otro de nuestros singulares maestros, Enrique Tierno Galván. ¿Hombres, caballeros, señores de otra época?

Pero PCGC no es únicamente un conservador ilustrado centrado en el estudio del pensamiento de las derechas como equivocadamente pensábamos, y dedicado en cuerpo y alma a fustigar a los historiadores y políticos de izquierdas. Es mucho más que eso, es simplemente un reaccionario antidemócrata por mucho que intente travestirse de liberal. Su ideología nos importa un pimiento y no hacemos aquí como ya hemos advertido una crítica ideológica de

³ G. Fernández de la Mora, «La corrupción literaria», *Razón Española* 68, Madrid, noviembre-diciembre de 1994, p. 315. Por lo visto nuestro crítico no lee ni su propia revista de la que es directivo y no hace el menor caso de los sensatos consejos de figuras tan relevantes del pensamiento de derechas que tanto estudia como el mismo Fernández de la Mora.

⁴ G. Fernández de la Mora, *El crepúsculo de las ideologías*, Rialp, Madrid, 1965. Pese a la conocida tesis del debilitamiento ideológico en los países más industrializados del mundo contemporáneo (D. Bell, *The End of Ideology. On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*, The Free Press, Glencoe, 1960), que él importó en España fue uno de los principales ideólogos y más brillantes legitimadores del régimen franquista. Autor prolífico escribió libros tan significativos como *El Estado de obras* (Doncel, Madrid, 1976), *La partitocracia* (Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977), *La envidia igualitaria* (Planeta, Barcelona, 1984), *Los errores del cambio* (Plaza & Janes, Barcelona, 1986) y otros muchos ensayos de pensamiento, filosofía y política.

ninguno de nuestros criticados, simplemente mostramos sus incoherencias y contradicciones. Sobre todo que se las den de veraces siendo unos simples falsarios. Con motivo de los 200 números de *Razón Española* dedicado a rendir otro homenaje más de los que la revista dedica regularmente a su fundador, GFM, PCGC escribía un editorial donde, aparte de exaltar la figura del autor de la «partitocracia» y ponderar su acertada crítica de la democracia liberal, se despachaba a gusto arremetiendo contra el sistema democrático mismo en su conjunto con lo que ponía al descubierto su verdadera faz de falso liberal de la que tanto presumen este tipo de autores. «El diagnóstico fue tan demoledor –el de GFM– como lúcido, nos dice. Siguiendo su método empírico-crítico [...], desmitificaba el sistema demoliberal, hoy convertido en poco menos que una “religión secular”, como una forma de gobierno de “oligarquías arbitradas cuyo acceso al poder depende de un juez individual o colectivo previamente determinado”» (¿?). GFM era muy coherente despreciando a la democracia inorgánica liberal de suyo corrupta, y sirviendo devotamente a la ejemplar y transparente «democracia orgánica» franquista. A continuación PCGC se extiende en «la profundidad intelectual» de las propuestas de reforma de GFM más o menos equivalentes a las de cualquier crítica moderna de la democracia..., lo que no parece considerar nuestro autor es que tales reformas no pueden introducirse por decreto, sino que corresponde tomarlas a los propios partidos representantes del pluralismo político y la voluntad popular de la sociedad, y por mayorías cualificadas y consenso, obviamente, no por minorías supuestamente ilustradas que saben siempre lo que el pueblo quiere y necesita sin preguntárselo previamente. Un «pequeño detalle» del que siempre se olvidan las mentalidades autoritarias. Eso no es profundizar o reformar la democracia realmente existente, sino abrir las puertas a la demagogia, el populismo y la dictadura. En cualquier caso, todos los reformistas que en el mundo son

[...] eran fervorosos creyentes de la «religión secular» demoliberal. Cayó Felipe González Márquez, uno de los grandes corruptores de la política española de todos los tiempos, tras un dramático periodo de inmoralidad y de graves errores políticos. La llegada al poder de José María Aznar López no supuso ningún cambio cualitativo en el funcionamiento del régimen político; más bien todo

lo contrario. Se limitó a gestionar lo existente. Su proyecto de regeneración política, si es que existió en realidad, quedó en agua de borrajas. Y lo mismo podemos decir del desastrado periodo protagonizado por la torva figura de José Luis Rodríguez Zapatero, que marcó el culmen de la estolidez política e ideológica.

Con el fin del bipartidismo estalló el «régimen del 78» y provocó la emergencia de «un paleobolchevismo representado por Podemos y una inanidad ecléctica y evanescente como Ciudadanos». La salvación habría sido –evidentemente– aplicar las recetas de GFM.

En realidad, el poder real reside hoy en los medios de comunicación, que crean la realidad virtual, destruyendo valores e institucionalizando contravalores, personas y partidos. [...] en la vida social, cultural y política española se ha instaurado una especie de «oligarquía» cultural y mediática basada en la distinción entre «discutidores» legítimos e ilegítimos; y donde los «líderes exhortativos», al servicio de los partidos hegemónicos, aíslan a los «líderes deliberativos», independientes.

Como podemos aprender de tan gran analista, ya que lo dice explícitamente, habría que empezar por establecer la censura previa para sanar la información. Hubo corrupción e inmoralidad con González Márquez pero debió de desaparecer con Aznar López dada la sutileza eufemística con que se refiere a ella, y del torvo Rodríguez Zapatero, mejor ni hablar pues no dio una a derechas..., salvo empezar a recortar, claro. Para democracia, la orgánica de GFM que tanto aprecia PCGC. Con Franco estas cosas no pasaban. ¿Adivinan quiénes son los discutidores ilegítimos y quienes los legítimos, quiénes los falsos líderes exhortativos y quienes los benefactores deliberativos e independientes? El mensaje de GFM

[...] está hoy más vigente que nunca; lo que es necesario es difundirlo. Su autor cumplió con su deber como intelectual y nos legó un proyecto. Nuestra misión es continuarlo⁵.

⁵ P. C. González Cuevas, «La partitocracia, tal como ayer... o peor», *Razón Española* 200, Madrid, noviembre-diciembre de 2016, pp. 255-259.

Pues adelante, con tan bragado biógrafo-ideólogo devaluado o delfín excelso del principal ideólogo español del fin de las ideologías. PCGC tiene el éxito «teórico» y «político» asegurado. Inscríbase en el registro de partidos del Ministerio del Interior un nuevo partido, el Partido Legítimo Deliberativo Independiente (PLDI) y preséntese a las próximas elecciones generales. El pueblo español, ciertamente decepcionado con su clase política, como no es tonto sabrá ver en PCGC y quienes le secunden la necesaria esperanza de regeneración patria.

Siguiendo con los modos y maneras propugnados por don Gonzalo, hemos de empezar por confesar que tampoco somos nosotros precisamente jóvenes a la búsqueda de un estilo propio; además, el infierno está empedrado de buenas intenciones (las nuestras) y cuando creemos percibir que las de según quienes no lo son en absoluto tan buenas sino todo lo contrario, nos olvidamos de los sabios consejos de nuestros mejores maestros y no podemos evitar que la boca exprese lo que siente el corazón. Con todo, cualquier lector avisado sabrá distinguir y apreciar (o menospreciar) la diferencia de estilo entre los unos y los otros, pues como dijo Georges Louis Leclerc, conde de Buffon, *le style c'est l'homme*. De acuerdo, pero tener algo más de chispa que PCGC a la hora de la esgrima dialéctica no parece que sea uno de los trabajos más arduos del gran Hércules. Es una exigencia mínima. Es obvio que nuestro hombre no da el nivel. Y, como suele decirse, donde las dan, las toman. El lector juzgará.

PCGC es un genuino representante de las personas malencaradas, que paradójicamente se indigna de los supuestos agravios recibidos, y decimos bien «supuestos» porque en los textos que cita para justificar sus salidas de pata de banco no aparece su nombre por ningún lado y sin embargo no para de dar voces: «¡Eh, eh, que estoy aquí!». A ver si va a ser eso, que no se le menciona, que se le ningunea nada menos que a él que se cree tan importante, y esa manifiesta injusticia le hace sacar a su otro yo, al genuino Mr. Hyde que lleva dentro, y en ese estado ya no acierta sino a despoticar y ofender gratuitamente transformando sus voces en coces. Y lo hace además con tan poco tino y tan poca gracia que, más que herir o irritar, simplemente aburre, y eso es lo peor que le puede pasar a alguien con pretensiones de escritor. Probablemente un hombre como él, tan cristiano y ejemplar que apela a la misericordia para

absolver de sus pecados a sus críticos y a quienes simplemente no le gustan por no participar de sus valores y creencias más arraigadas, se sienta abrumado por la omnipresencia del mal en este mundo.

Practica en consecuencia una crítica impotente pues, de otro modo, no insultaría con la fiereza con que lo hace. El insulto, pese a que nuestras palabras puedan ser motivo de escándalo, nos parece un legítimo recurso siempre y cuando lo sea para la réplica cuando somos previamente insultados, agredidos o consideramos intolerable que se ofenda gratuitamente a otros que estimamos como nuestros. En tal caso nos apeamos sin remilgos del lenguaje políticamente correcto para llamar a las cosas por su nombre. No queremos pasar por hipócritas. Las buenas formas, como todo en esta vida, tienen también sus límites. Al sacar lo peor de sí mismo quizá le encaje a PCGC, careciendo de un horizonte conceptual sistemático, «la fábula del otro yo», útil «artilugio para acomodar el mal en el mundo», en su mundo.

Hasta cierto punto, el otro yo, el doble, es una válvula de seguridad frente a la posibilidad de que ese mal me invada, que me invada y penetre a mi yo. Una válvula que no impide la manifestación del mal, pero permite eludir la responsabilidad: no fui yo; fue mi otro yo. Mr. Hyde hace posible la buena conciencia del respetado Dr. Jekyll. La novela de Stevenson es un trasunto de las convenciones morales victorianas⁶.

Como bien dice Cotarelo citando tan famosa novela⁷, dicha «celebérrima fábula suele ser el ejemplo que se aduce para ilustrar el concepto de trastorno de identidad disociativa». Y, por tanto, «lo importante [de toda válvula de seguridad] es que no se desajuste, relaje o afloje porque, en tal caso, ya no cumple su función» y la defensa del orden establecido ha de exterminar al culpable por no haber sabido mantener «a buen recaudo a la fiera que alberga en su interior»⁸.

⁶ R. Cotarelo, *La fábula del otro yo. La figura del doble en la literatura*, Centro Francisco Tomás y Valiente. UNED, Alzira-Valencia, 2005, p. 11.

⁷ R. L. Stevenson, *The Strange case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*, Colins Clear Type Press, Londres y Glasgow, s.d.

⁸ R. Cotarelo, *La fábula del otro yo...*, op. cit., pp. 11-12.

La que alberga PCGC cuando la saca a pasear, como veremos, es de armas tomar. Hay ingenuos bien intencionados que suponen que las mentiras se acaban cayendo por sí solas frente a las verdades, hay exquisitos que piensan que sus mejores argumentos y datos contrastados pueden por sí mismos anular los tópicos y manipulaciones de otros que no hilan tan fino porque simplemente ni hilar saben, y hay también personas prudentes y nada belicosas, pese a la fama que tratan de endosarles, que consideran que en tales casos la mejor medicina es el silencio. Pero cuando se recibe una bofetada o varias en cadena, no va en determinados espíritus poner cristianamente la otra mejilla una y otra vez para seguir recibiendo estopa por mucho que nos parezca moralmente fantástica la proposición de Sócrates de que es mejor sufrir la injusticia que ejercerla. Cuando se práctica el saludable derecho de réplica es de cajón que hay que hacerlo con las mismas armas y en las mismas condiciones que nuestro agresor, si no sería como si a un «combatiente» le pusieran unos guantes reforzados de lija y a su contrincante algodón en rama en los suyos y suelas de plomo en sus zapatos.

PCGC ha echado sobre sus anchas (o estrechas) espaldas la pesada carga de convertirse en la voz de la conciencia de Pinocho y cual nuevo Pepito Grillo fulmina a todos los historiadores que osan decir algo positivo sobre la Segunda República o responsabilizan mayoritariamente a las derechas españolas del estallido de la Guerra Civil sin pensar con evidente lógica y sobre la base de abundante documentación, que cuando se cierra el paso a las reformas que la sociedad exige no ya en nombre de ninguna ideología en particular, sino por simple humanidad y se boicotea la más tibia legislación social, inevitablemente se abre en cualquier país atrasado y con grandes diferencias sociales el paso a la revolución. Sin acérrimos inmovilistas no surgirían revolucionarios radicales⁹. Y más aún cuando las etapas de práctica demo-

⁹ Nada menos que un peligroso catalanista conservador como Francesc Cambó, ya había advertido que: «Teniendo en cuenta las circunstancias que atraviesa la nación, lo más conservador que se puede ser es ser revolucionario» y unos cuantos años antes un peligroso liberal como Práxedes Mateo Sagasta ya había dicho algo parecido: «Cuando en un pueblo se cierran las puertas de la justicia, se abren las de la revolución», cit. por G. Brenan, *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la Guerra Civil*, Ruedo Ibérico, París, 1962, pp. 41 y 145.

crática real son tan breves que apenas tienen tiempo las masas hambreadas de empaparse de una mínima cultura política liberal y tolerante¹⁰.

No es esta cuestión baladí sobre la que se sigue discutiendo intensamente y no solo en el ámbito académico, que sería lo más deseable. Al parecer, condenar sin paliativos la rebelión militar que hizo posible la guerra, la dictadura franquista que la siguió y que, según esos feroces críticos, nos habría salvado de que en España se implantara una dictadura comunista, es un grave dislate, un desvarío de la razón, un exceso verbal cargado de ideologismo según los más finos críticos dispuestos siempre a buscarle tres pies al gato. Aducen este tipo de autores, en un absurdo juego de prospectiva histórica completamente inútil, que habría sido mucho peor la victoria republicana ya que tal hubiera supuesto la implantación de una dictadura comunista bajo la férula de Stalin que, obviamente, habría hecho buena la de Franco. Sostener tal sí que es un auténtico dislate histórico. Un burdo anacronismo, una simple distopía.

Tal recurrente argumento es un ejercicio de historia virtual irrelevante al que se siguen aferrando a estas alturas los franquistas, los revisionistas neofranquistas y otros compañeros de viaje sin que sean capaces de sostener sus «ocurrencias» sobre una base argumental y documental de primera mano que permitiera sustraerlas del vasto campo de la mera «opinología». Por consiguiente, tratan de justificar en un ejercicio de desconocimiento histórico evidente que en España se produjo lo que no se produjo o que fue la revolución de las izquierdas la que desencadenó el golpe de Estado de las derechas cuando, paradójicamente, en España ocurrió justamente lo contrario: fue la contrarrevolución la que provocó la revolución¹¹. La «tesis» (como califica Moa a sus ocurrencias, tal que la Guerra Civil estalló en 1934, etc.) oficial del neofranquismo

¹⁰ Un excelente estudio de conjunto y puesto al día sobre la Segunda República al que ya nos hemos referido y habremos de seguir refiriéndonos es el de E. González Calleja, F. Cobo, A. Martínez y F. Sánchez, *La Segunda República...*, op. cit.

¹¹ Este era uno de los sugestivos planteamientos que sostenía y explicaba brillantemente Manuel Tuñón de Lara y a los que el profesor Julio Aróstegui, y otros muchos historiadores también, dedicó muchas páginas a lo largo de su trayectoria profesional y que pueden verse recogidos y sistematizados, especialmente en la segunda parte de su libro, *Por qué el 18 de julio...*, op. cit.

y derivados es que son las izquierdas, los revolucionarios, los que movilizan a las derechas, a los contrarrevolucionarios, a los que no les quedó otra opción que recurrir al golpe de Estado para salvar la civilización y la patria. Sobre todo cuando se pierden las elecciones e inmediatamente se activan (¿implementan?) bajo una dirección única (la del general Mola, «el Director» en la jerga conspiratoria) los planes para derribar no ya al Gobierno, sino para cargarse la República. Las conspiraciones antirrepublicanas se activaron desde la mismísima proclamación de la República el 14 de abril de 1931 y se aceleraron a partir de la derrota electoral de las derechas en febrero de 1936 no estando dispuestas a una nueva travesía del desierto. Por eso empieza a armarse el golpe, por eso se reactivan y aceleran las negociaciones con potencias extranjeras como la Italia fascista de Mussolini para el suministro de armas con las que derribar al legítimo régimen republicano y prolongar el golpe cuanto sea necesario en una Guerra Civil tal como el mismo general Franco sostenía. Negociaciones que empiezan a establecerse *antes de* octubre de 1934. Pequeño detalle que los franquistas, neofranquistas y pseudohistoriadores se ocupan de ocultar y silenciar pues les desmonta su bonito cuento chino.

La Guerra Civil no comienza el 18 de julio de 1936 como tantas veces se sostiene y se extiende sobre toda España. El 17-20 de julio lo que hay es un golpe de Estado, que triunfa en media España, donde no hay guerra, sino una feroz represión incluso en pueblos donde no se habían producido atentados contra fuerzas conservadoras. Por tanto solo hay Guerra Civil allá donde fracasa el golpe que provoca y produce la revolución que celebran las izquierdas que lo apoyaron el 19 de julio, no el 18, fecha en que los franquistas han venido conmemorando el llamado «Alzamiento Nacional» que no tuvo nada ni de lo uno ni de lo otro en un risible intento de compararlo con el 2 de mayo de 1808.

Además, aún estaba por llegar la Guerra Fría que muchos de estos autores se empeñan en adelantar históricamente para que les salgan las cuentas anticomunistas sobre la base de la implantación de dictaduras populares en el área de influencia soviética tras el final de la Segunda Guerra Mundial. Pero es el caso, como está documentalmente testado, que Stalin no tenía el menor interés entonces (1936) en implantar una dictadura comunista en España, por no profundizar en el escaso entusiasmo demostrado para que

la República ganara la guerra. Eso es lo que ponen claramente de manifiesto los documentos de época¹².

Son hechos probados, como que la intervención soviética en la guerra de España fue posterior a la intervención de las potencias fascistas. Sostener lo contrario no es ya empecinarse en ir contra corriente, sino simplemente falsear a sabiendas los hechos históricos. Para mayor broma acusan a los demás de ser lo que ellos son: «combatientes». Sin embargo, no se cansan nunca ellos de combatir contra molinos de viento o pellejos de vino, pese a lo cual insisten en denunciar a los historiadores que no participan de sus engañosas visiones, como las del hidalgo manchego y las suyas propias que pretenden elevar a la categoría de hechos históricos indiscutibles.

En consecuencia, los denuncian por «combatientes» o «historiadores militantes». Acusan a los historiadores de izquierdas cada vez que una nueva aportación historiográfica les amarga «el *relaxing cup of café con leche*» (Ana Botella *dixit*) de media mañana a no resignarse a haber perdido la guerra (¿?) cuando lo que en realidad demuestran cada vez que abren la boca o emborronan unas cuartillas es justamente lo contrario, que parecen ser ellos, aunque nacieran muchos años después de concluido el conflicto, los que se consideran sus heroicos triunfadores (al menos moralmente) y no están dispuestos a consentir que la historiografía les vaya arrebatando sin prisa pero sin pausa la, al parecer, honorable victoria y todos los mitos asociados a ella, por mucho que sea difícil no coincidir con las sentidas palabras pronunciadas por Azaña en plena Guerra Civil: «No se triunfa personalmente contra compatriotas»¹³.

¹² Aparte de los esclarecedores y abundantes estudios del profesor Viñas sobre las implicaciones internacionales de la Guerra Civil entre los que destaca su celebrada trilogía, *La soledad de la República. El abandono de las democracias y el viraje hacia la Unión Soviética* (Crítica, Barcelona, 2006), *El escudo de la República: el oro de España, la apuesta soviética y los hechos de mayo de 1937* (Crítica, Barcelona, 2007) y, *El honor de la República: entre el acoso fascista, la hostilidad británica y la política de Stalin* (Crítica, Barcelona, 2009), puede verse en concreto el estudio por él prologado de Y. Rybalkin, *Stalin y España. La ayuda militar soviética a la República*, Marcial Pons, Madrid, 2007.

¹³ M. Azaña, «Discurso en el Ayuntamiento de Valencia» (pronunciado el 21 de enero de 1937), en M. Azaña, *Los españoles en guerra*, prólogo de A. Machado, Crítica, Barcelona, 1977, p. 43.

Es decir, a estos personajes les da igual lo que digan los estudios más renovadores sobre la base de fuentes primarias inéditas si contradicen o matizan algunos de los mitos más intocables de su mitografía particular. Si hay algún modo de adscribir ideológicamente a cualquier historiador en la izquierda, bastará tal para que su obra no sea tomada en consideración y sea rechazada *ab initio*, y su autor descalificado por partidista, sectario, marxista, comunista, frente populista o estalinista, sin que haya que tomarse la molestia de demostrarlo o que tales referentes ideológicos, normalmente inexistentes, vicien su honrada labor profesional. La furia anticomunista les ciega de tal manera la razón que son incapaces de analizar con un mínimo de objetividad los hechos históricos en su contexto.

UN VALLE DE LÁGRIMAS

El Valle de los Caídos es uno de los lugares emblemáticos del franquismo y ha sido objeto central de fuertes discusiones sobre qué finalidad darle en democracia. Coinciden los neofranquistas, neoconservadores y la derecha, por un lado, y el conjunto de la izquierda y de los progresistas, por otro, en que es quizá el símbolo más fácilmente identificable con el régimen anterior y su indiscutido líder. Por eso, cuando a raíz del resurgir de los movimientos sociales sobre memoria histórica se pone sobre el tapete qué destino darle a ese megamausoleo que se hizo construir el dictador para su mayor gloria, sus nostálgicos y reivindicadores o blanqueadores de su memoria se ponen de los nervios y acusan a sus promotores de ir contra la historia y no aceptar su irreversible resultado.

PCGC se queda sin adjetivos a la hora de descalificar a quienes no son de su agrado cuando considera que se atacan o se trata de dotar de un nuevo significado a determinados símbolos franquistas, como es el caso del Valle de los Caídos, monumento imperecedero de la paz franquista por lo visto, cuando en realidad es un caso tan emblemático como insólito en el mundo civilizado en el que un sanguinario faraón reinante se hace construir en vida su particular mausoleo a un precio de escándalo a costa del hambre del pueblo que decía haber salvado de la miseria y el horror comunista con su victoria, y que constituía y constituye una humillación permanente de media España para con la otra media, pues preten-

der que con dicho monumento pueda sentirse identificado cualquier republicano derrotado o cualquier otro español demócrata que participe de los valores y significación de la República en la historia sería un auténtico sinsentido.

Pues bien, PCGC califica las opiniones expresadas sobre el monumento de personalidades como la del católico y catedrático de ética y Filosofía, José Luis López Aranguren (una «aberrante pseudograndeza» del franquismo), o la de la exdirectora de la Cátedra Complutense de Memoria Histórica del siglo xx, Mirta Núñez Díaz Balart («hijo expósito de la dictadura»), o la del catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, Julián Casanova, para quien el monumento representa («la espada y la cruz unidas por el pacto de sangre forjado en la guerra y consolidado en los largos años de victoria»), una muestra significativa «de lo sustentado por la mayoría de nuestra izquierda semianalfabeta»¹⁴.

Vaya. Es un tema que, visto lo visto, obsesiona a PCGC dado el larguísimo artículo que le dedica y en el que nos regala uno de sus últimos hallazgos dialécticos más originales consistente en calificar de *mullahs* a los miembros de la comisión de expertos que se constituyó bajo el Gobierno de Rodríguez Zapatero para estudiar el futuro del Valle de los Caídos por el grave pecado de reivindicar la denominada «memoria democrática»¹⁵. A continuación se dedica a descalificar de uno en uno y por su orden a los que no son de su gusto repasando sus biografías personales y académicas sin más fin que rellenar papel y tratar de mostrar el sectarismo de los miembros de la tal comisión que él califica de tribunal de la Inquisición poco menos. ¿Adivinan quienes merecen su rechazo por inequívocos sectarios? Acertaron. Descalifica a los que presupone de izquierdas o simplemente progresistas por una cuestión de principio y a los que no lo son pasa por sus biografías como el agua por un colador pues solo interesa resaltar al lector la condición de «rojo» del comisionado de turno para así poder demostrar una vez más la gran conspira-

¹⁴ P. C. González Cuevas, «De historia y “memoria”: la ofensiva contra el Valle de los Caídos», *Razón Española* 195, Madrid, enero-febrero de 2016, p. 14. Es un verdadero alivio que frente a la mayoría de la izquierda semianalfabeta podamos gozar en nuestro país de nuestra ejemplar y mayoritaria derecha «semi» ilustrada y «semi» liberal, y mucho ilustrada y mucho liberal..., que diría nuestro actual presidente del Gobierno, don Mariano Rajoy.

¹⁵ *Ibid.*, p. 17.

ción mundial de las siniestras izquierdas contra las diestras derechas (con perdón por el fácil recurso de tan expresivo pleonasma).

Concluye nuestro hombre su interminable artículo con una consideración digna de Pepito Grillo:

[...] más que un deber de memoria, sería más justo establecer, como en el Edicto de Nantes, un deber del olvido, junto al respeto al pluralismo social, político e intelectual. Sin embargo, ni la «izquierda moral», ni la extrema izquierda renunciará a su «memoria histórica» y mucho menos a su proyecto de imponerla al conjunto de la sociedad. Ahí está el reto; pero nadie coge el guante¹⁶.

Parece una singular muestra de cinismo pedir el olvido a «los siempre olvidados» y al mismo tiempo el respeto al pluralismo, que es justamente lo que se viene negando por «los siempre recordados» y se seguirá negando cada vez que esa izquierda «moral» a la que alude y su extrema lo intenten. Esa pretendida extrema izquierda (calificativo que creíamos reservado precisamente para posicionamientos políticos extremos) nace cuando la extrema derecha dice sistemáticamente «no» a cualquier intento de reparación «moral». Lo que en realidad se quiere –dejémonos de pamplinas– y manifiestamente reivindica PCGC es que no prevalezca más memoria que la suya que, casualmente, coincide con la que ha sido la oficial del régimen franquista durante los inacabables años de la dictadura. La del triunfo de media España sobre la otra media, la del aplastamiento sangriento, vengativo y cruel, y su sectaria y manifiestamente injusta memoria, como si no hubieran pasado ya nada menos que 78 años, en el momento en que se escriben estas líneas de aquella inolvidable victoria, pues al fin y al cabo aunque no se diga, arremeter contra la Ley de Memoria Histórica como se hace es tratar por todos los medios de que las cosas se queden como están: la victoria de unos, que bien que se la cobraron, y la derrota de los otros, que lo que tienen que hacer es callarse, pasar página de una vez, no incordiar y olvidarse del asunto para no inquietar la mala conciencia de los que vencieron y, en definitiva, dicen no estar dispuestos a que «se les arrebatase su victoria». Las de sus padres y abuelos; la de los nuestros, combatieran en el bando que combatieran, desde luego, no.

¹⁶ *Ibid.*, p. 41.

Se ha discutido hasta la saciedad qué destino dar a tan singular como ofensivo monumento. No hay que olvidar que en él está enterrado Franco para ofensa de media España. Hay quien le niega al mausoleo su misma esencia: «Sepulcro magnífico y suntuoso» (*DRAE*), sosteniendo que es apenas un monumento religioso. Hay quien fundamenta que es vana la pretensión de modificar el significado del mismo. Sería tarea inútil o quizá contraproducente tratar de que el monumento represente otra cosa distinta de lo que indiscutiblemente representa. Sin la menor duda es el gran símbolo del Nuevo Estado Nacional Católico, y también la quintaesencia iconográfica de la Victoria en la Gran Cruzada contra el bolchevismo ateo... Desde luego que no se puede obligar a los monumentos a decir lo contrario de aquello que dicen o negar la finalidad para la que fueron construidos. La historia es la que es y eso no hay quien lo mueva ciertamente. Pero ¿cuál es el posicionamiento de este señor si no quiere que lo deduzcamos por él? Porque en esta cuestión no se trata de «rojos» y «azules», calificación ya por completo obsoleta perteneciente a ese pasado que no acaba de pasar, sino de estar con las víctimas o con el gran verdugo.

Es evidente que el Valle de los Caídos no es solo un monumento religioso. Franco, al parecer, habría señalado con el dedo su voluntad de ser enterrado en la cripta aunque carecemos de fuentes fidedignas que así lo corroboren¹⁷. Lo que sí decidió fue responder únicamente «ante Dios y ante la Historia». También Azaña, su contramodelo, eligió el suyo (dijo que lo enterrarán allá donde cayera) y descansa en el exilio, en paz, en un plácido cementerio francés. A mí personalmente me parece sencillamente inaceptable respetar la voluntad de Franco o de quienes tomaron la decisión final de enterrarle allí (el Gobierno y el rey Juan Carlos I) a diferencia

¹⁷ Antes de la inauguración del Valle de los Caídos (Decreto fundacional de 1 de abril de 1940 y apertura al público significativamente el mismo día de 1959), uno de los arquitectos, Diego Méndez (el otro fue Pedro Muguruza), preparó una fosa similar a la de José Antonio en la parte posterior del altar tras una conversación con el almirante Luis Carrero Blanco (subsecretario de la Presidencia del Gobierno). El mismo Méndez explicó en su día a varios historiadores que Franco, en una de sus periódicas visitas, le señaló un día el hueco de la citada fosa y le dijo: «Bueno, Méndez, y en su día yo aquí, ¿eh?»». A. Rodríguez, «El último enigma en torno a Franco», *Tiempo* 1759, Madrid, 2 de diciembre de 2011, disponible en [<http://www.tiempodehoy.com/espana/el-ultimo-enigma-en-torno-a-franco>].

de la de Azaña por razones evidentes aun cambiando, si no el significado del monumento, que es imposible, al menos alguna de sus funciones. Franco se hizo construir la que en definitiva fue su tumba sobre la sangre y el hambre de los vencidos y esa circunstancia lo hace inasumible por ellos y sus herederos. Semejante panteón bajo el signo de la cruz no puede ser un símbolo de reconciliación como pretenden otros. No por la cruz, ni por lo que significa para los cristianos, sino por haber golpeado con ella los rostros de los vencidos que no querían confesar y comulgar antes de ser pasados por las armas con la bendición sacerdotal correspondiente. Porque nada menos que con la bendición de la cruz se justificaban los bombardeos en zona de infieles en el decir de alguna autoridad eclesiástica de la época: «Benditos sean los cañones si en las brechas que abran florece el Evangelio»¹⁸.

¿Por qué no hacer de ese gran espacio un centro nacional de estudios e investigaciones sobre la Guerra Civil, el franquismo y la violencia política, y también sobre las memorias, efectivamente múltiples y colectivas, de todos, vencedores y vencidos? ¿Es por completo utópico? Probablemente sí. ¿Cómo adecuar, conservar y mantener un memorial democrático que recordara a las futuras generaciones las consecuencias de romper las reglas del juego democráticas, de saltarse la legalidad y la legitimidad democráticas vigentes, de imponer las propias convicciones a sangre y fuego, de la inacabable dictadura del miedo y del terror impuesta en nombre de Dios y de la patria? ¿Y en ese mismo espacio podrían convivir la memoria contraria de los vencedores y sus herederos reivindicando la rebelión contra el caos y el desorden republicano que salvó a la patria de caer bajo el yugo bolchevique? Ni Francisco Franco ni José Antonio Primo de Rivera pueden yacer para siempre en semejante lugar bajo las pesadas losas en la que están enterrados. Para empezar que exhumen sus cadáveres y sus familias se los lleven para enterrarlos donde les plazca. Franco al cementerio de El Pardo donde yace su viuda. Mantener en el Valle de los Caídos en el lugar que ocupan la cabeza más destacada del fascismo español (¿quién lo reivindica hoy?) y la del golpista que lideró a media España contra la otra media en una terrible Guerra Civil es

¹⁸ Concretamente la del obispo de Cartagena Monseñor Miguel de los Santos Díaz y Gomara (1935-1949).

un auténtico despropósito. Enterrar en su lugar los restos de dos víctimas inocentes y anónimas caídas en zona republicana y en zona franquista, podría ser un buen comienzo para empezar a dotar de cierta dignidad y justicia a ese túmulo faraónico completamente incompatible con una memoria histórica común.

A LA CAZA DEL «LOBO ROJO»

Por lo que se refiere a su pretendida crítica historiográfica a sus despreciados «combatientes» resulta que ahora hombres como Vicens Vives o Julián Marías solo serían reivindicados por autores como el citado PCGC quien los utiliza como arma arrojadiza contra esa «historiografía de combate» que denuncia y que él considera que los menosprecia cuando siempre los respetó y desde luego jamás los tuvo por sus contrarios. ¿Por qué miente?

¿Qué tiene de malo «combatir» intelectualmente, bien cargados de razones y debidamente documentados, la ignorancia, la mala información y la manipulación de ciertos autores tan sobrados de suficiencia como faltos de la menor contención verbal? La violencia física de algunos «combatientes» de verdad, incapaces de dejar de serlo (por ejemplo, los falsos «ex» del difunto ministro de Franco, camisa vieja de práctica terrorista, frustrado divisionario azul de camisa rápidamente desteñida, que tras dejar su ministerio se dedicó a la especulación inmobiliaria olvidada ya la eterna «revolución que España tiene pendiente» según su propia verborrea), como José Antonio Girón de Velasco, se la dejamos toda a los fascistas y neofascistas de los «puños y las pistolas» de cualquier signo ideológico, incluidos los estalinistas más recios que en su desvarío «descubren» estos personajes a cada rato ahora que parece que dado el carácter genérico descalificatorio que ha adquirido la palabra fascismo cabrían en él tanto los extremistas de uno u otro signo político pues, como apunta Ignacio Sánchez-Cuenca: «Resulta lamentable la alegría con la que se recurre al fascismo en el debate público. Es un comodín que muy pocos se resisten a emplear»¹⁹. Cabría decir exactamente lo mismo de su contrario, dígase comunismo, estalinismo o marxismo.

¹⁹ I. Sánchez-Cuenca, *La desfachatez intelectual...*, op. cit., 2016, p. 113.

Los liberales de verdad antes que adscritos a cualquier otra concepción del mundo, pues no se puede ser de izquierdas sin asumir previamente los valores del liberalismo y de la democracia parlamentaria como bien dijo Indalecio Prieto²⁰, consideramos con Azaña que, «la política de un país civilizado debe hacerse con razones [documentadas] y con votos [libres], merced al libre juego de las opiniones, triunfante hoy una, mañana otra...»²¹. Seguimos creyendo en el poder de la palabra y en la expresión de la voluntad popular incluso cuando creemos que se equivoca. El insulto, que puede llegar a estar justificado en legítima defensa como enseguida veremos, si se practica, lo menos que hay que pedir es que se haga con cierta gracia, y la que tiene PCGC es evidente que brilla cegadoramente por su ausencia, como también hemos de ver a continuación. Si insultar es una de las «bellas artes», es obvio que nuestro hombre queda a años luz del gran maestro del género, el escritor colombiano José María Vargas Vila.

Ni corto ni perezoso PCGC ha emprendido una verdadera cruzada a la caza del lobo rojo. Se conoce que se ha quedado ya sin tema en las derechas españolas o, por mejor decir, pues es de suyo inagotable, ha decidido alternar el estudio de las mismas con furibundos ataques personales a historiadores de izquierdas de indiscutible prestigio. No tiene capacidad para hacer una crítica historiográfica puntual sobre el contenido de las obras de tales autores y sus respectivos aportes como, por ejemplo, trata de hacer seriamente, lo que no quiere decir acertadamente, respecto a la política el mentado Sánchez-Cuenca con una serie de intelectuales y escritores de primerísimo nivel cuyo talento no cuestiona si bien, paradójicamente, les viene a criticar por no revestir sus opiniones y análisis políticos del aparato crítico inherente a los expertos como es su caso y que, además, es lo propio de revistas académicas especializadas, pero no de artículos de periódico o ensayos. Un ensayo no tiene por qué ser necesariamente un riguroso libro de investigación, «es una poética del conocimiento»²². Además también es

²⁰ I. Prieto, «Soy socialista a fuer de liberal», conferencia *La libertad* pronunciada en la Sociedad El Sitio, Bilbao, marzo de 1921.

²¹ M. Azaña, *Causas de la guerra de España*, prólogo de G. Jackson, Crítica, Barcelona, 1986, pp. 28-29.

²² J. A. Marina, *Los sueños de la razón...*, op. cit., p. 9.

el caso que los expertos se equivocan tanto como aciertan con lo que los argumentos de Sánchez-Cuenca se vuelven contra él mismo como un bumerang²³.

Obviamente a PCGC le resulta mucho más fácil la descalificación ideológica y el simple chismorreo. Ignora el sabio consejo de Antonio Machado de que no hay que confundir la crítica literaria con las malas tripas. Tiene gracia que encima se irrite porque no se le conteste y aumente la intensidad de sus insultos esta blanca y cándida paloma de la supuesta «crítica historiográfica». Se limita a glosar brevemente la vida de quien ha decidido crucificar de antemano y mencionar de pasada sus libros para dar a entender que los lee, cuando es evidente que no, que además no los entiende, o entiende solo lo que le interesa para centrarse en la entretenida tarea de repartir palos a discreción sobre la sólida base de meros juicios de valor porque no le gustan sus conclusiones. ¿Por qué se dedica a tan irrelevante tarea un caballero con tan grandes pretensiones de historiador importante? ¿Se siente acaso minusvalorado? ¿Se considera injustamente ninguneado por determinados historiadores cuya influencia en las generaciones más jóvenes considera nefasta? «¡Averígüelo, Vargas!»²⁴.

Bien, pues que no sufra más, como puede ver ya le estamos prestando algo más de atención que un par de páginas. No se quejará del tiempo y espacio que le dedicamos. No creemos que se merezca algunas más. Va sobrado. Profesor de la UNED ha debido de entrarle a PCGC a su proveya edad el ansia de llegar a catedrático pensando que el hábito hace al monje; pero no. Les pasa a muchos cuando ven que inevitablemente se les está pasando el arroz y, en algunos casos, a la vista de lo que son capaces de llegar a hacer tales postulantes, la conclusión no puede ser otra de que hay que hacérselo mirar. Resultan verdaderamente patéticos. En su obsesión por acumular méritos porfía nuestro hombre por hacerse notar metiendo la pata hasta el corvejón y pasándose de borde catorce pueblos cada vez que abre la boca. Empezó a darse a conocer

²³ Véase al respecto el clásico estudio de Ph. E. Tetlock, *El juicio político de los expertos*, Capitán Swing, Madrid, 2016.

²⁴ No el mentado escritor colombiano, sino Francisco de Vargas Mejía, miembro del Consejo de Castilla y secretario de Fernando de Aragón al que los RRCC le encargaban resolver los asuntos más difíciles y peliagudos.

más allá del siempre reducido grupo de los especialistas interesados en el estudio de las derechas españolas escribiendo largos, farragosos e interminables artículos de combate contra esto y aquello en una revista *on line* como *El Catoblepas* cargando contra la práctica totalidad de los historiadores contemporaneístas más conocidos y respetados, revista que comete el error de no poner límites a la infinita capacidad de enrollarse de aquellos que no tienen nada interesante que decir, salvo exponer desvergonzadamente su inmenso ego, ni dónde decirlo con unas posibilidades mínimas de despertar la curiosidad o el interés de sus pretendidos colegas o lectores despistados. Para leerlos hasta el final hay que estar más ocioso que Jehová a partir del séptimo día y tener más paciencia y ser más sufrido que el santísimo Job. Eso sí, a las primeras de cambio se nos ponen a presumir de currículo y de las revistas donde les han publicado (él no se cansa de saturar con sus piezas *Razón Española* revista de cuyo consejo de dirección forma parte... ¡así cualquiera!) o los libros que escriben y nadie lee acusando a otros de no saber hacer otra cosa que reescribirse continuamente por el grave pecado de poder hacer reediciones de sus libros a diferencia suya. Debe de ser por eso que se cabrea tanto cuando nadie se toma la molestia de mencionar siquiera los suyos.

PCGC ha conseguido auparse nada menos que en el consejo de dirección de la revista *Razón Española*, cuya lectura resulta imprescindible para cualquiera que quiera estar al día del pensamiento de derechas fundamentalmente español, o sea que poco. Ahí publican incontinentes autores como él que por el cargo que ostenta en la revista puede saltarse a la torera el peligroso trámite que imponen las revistas académicas acreditadas y reconocidas por las agencias internacionales pertinentes, que no solo hacen un examen exigente de los textos recibidos para su publicación, sino que además, para evitar el clientelismo y amiguismo, dan los textos a dos evaluadores anónimos expertos en la materia antes de dar el visto bueno para su publicación. A PCGC, pues, no le hace falta pasar por esos trámites en *Razón Española*, podría darle un infarto al pobre si le rechazarán alguna de sus sesudas piezas por insustanciales. Si se olvidaran de su obsesivo tema de tratar de machacar a «la izquierda cultural», al parecer un peligrosísimo grupo desestabilizador de la convivencia democrática casi peor que «la izquierda política», les quedaría mucho más espacio a estos incontinentes escribientes

para fundamentar científicamente, académicamente, sus propuestas teóricas y prácticas. Lamentablemente, junto a artículos de interés de intelectuales conservadores o de derechas pero sólidos especialistas y civilizados autores, como Juan Velarde o Dalmacio Negro (que no insultan ni calumnian a quienes les critican o les rebaten), aparecen verdaderas banalidades de autores menores como Pío Moa u otros de similar «enjundia» científica, o ahora de este caballero que, antes que esforzarse en buscar la excelencia, ha preferido perderse en la irrelevancia asumiendo el lamentable papel de mamporrero de lujo de la extrema derecha más asilvestrada, como vamos a ver de inmediato, por más que presuma de haber sido muy crítico con Pío Moa, cosa que han hecho hasta César Vidal o Pedro Carlos González Cuevas. Es el caso que el hombre se halla tan encantado de haberse conocido que ni corto ni perezoso ha decidido hacerse oír a cualquier precio. Bien puede decirse, a la vista de lo visto, que se trata de un grumete de agua dulce con pretensiones de capitanear buques de gran calado y mayor envergadura para los que pese a sus años no está aun suficientemente capacitado. Como resulta evidente son demasiados barcos para tan poco marinerero.

Atención, atención pues, leamos atentamente lo que dice este (presunto) orate que, creemos, justifica plenamente nuestro largo exordio:

El hecho no era nuevo, pero había experimentado un cierto retroceso a partir de los años ochenta del pasado siglo. Su gran adalid hasta entonces era el historiador marxista Manuel Tuñón de Lara –militante de la KGB [*sic*] durante algún tiempo, según Jorge Semprún– [*sic*], para quien la historia era ante todo un arma de combate [*sic*] para el logro del socialismo [*sic*]. En ello coincidía con otro historiador marxista Josep Fontana Lázaro. Tras la muerte del general Franco, Tuñón de Lara y sus acólitos [*sic*] disfrutaron de una cierta hegemonía mediática y académica. Bajo su férula [*sic*], en los claustros universitarios dominaban conceptos tales como «bloque de poder», «aparatos del Estado», «formación social», «lucha por la hegemonía», «lucha de clases», «contradicciones», «crisis», etc. En aquel tiempo, los nombres de Renzo de Felice, George L. Mosse, René Rémond, Ernst Nolte, François Furet, Joaquín Romero Maura o José Varela Ortega estaban proscritos en

las clases universitarias [*sic*]; claro que es posible que fuesen desconocidos por los acólitos [*sic*] de Tuñón de Lara. Sin embargo, no era solo eso; Tuñón de Lara recomendaba [*sic*], en la prensa, la «vigilancia» política [*sic*] respecto de los historiadores e intelectuales que no comulgaban con sus tesis [*sic*]. Su dominio [¿?] fue, no obstante, efímero, aunque ha dejado profundas secuelas, como veremos [por más que miramos no hallamos las profundas secuelas por ninguna parte; deben de ser solo visibles con gafas de realidad virtual], en la historiografía española. La escuela [*sic*] de Tuñón de Lara sucumbió víctima de sus propias insuficiencias y contradicciones [¿?]. Al final, la sola mención al «bloque de poder» provocaba risas [*sic*] entre los estudiantes. La hegemonía fue ocupada por discípulos del hispanista británico Raymond Carr y otros representantes de la historiografía liberal, gracias a lo cual pudo disfrutarse de un mayor pluralismo en el mundo académico y cultural [se refiere obviamente sin nombrarlos –¿por qué?– a historiadores como Juan Pablo Fusi y Santos Juliá que ampliaron estudios en el St. Anthony's College de Oxford donde profesaba Raymond Carr y a los que quizá ha preguntado por su ideología para poder decir lo que dice, tan respetados ambos en cualquier caso por Tuñón de Lara como por nosotros mismos y el resto de colegas que jamás los marginaron ni menospreciaron, sino todo lo contrario salvo, si acaso, lo serían por los mismos historietógrafos denunciadores de tales falsedades]²⁵.

Vaya blanca paloma. ¿Es «esto» un análisis historiográfico? ¿Puede ser calificado semejante encadenamiento de exabruptos de crítica académica? Llamemos a las cosas por su nombre: es simple basura *historietográfica*. No se pueden decir más mentiras (presuntas) ni mayores majaderías (nada presuntas), nos atrevemos a afirmar, más y mejor en tan breves líneas. Pero con todo, aún resulta más lamentable su enciclopédica ignorancia en torno a una figura señera de la historiografía y la cultura española como fue Manuel Tuñón de Lara, se ponga como se ponga PCGC. Como dijimos con ocasión de uno de tantos homenajes como tuvo ocasión de recibir en vida:

²⁵ P. C. González Cuevas, «El retorno de la historia de combate», op. cit.

Manuel Tuñón de Lara es ya un clásico de la historiografía española de la segunda mitad del siglo xx. Además, fue un destacado intelectual de la España de su tiempo, uno de los *viejos maestros* que llevaron a cabo *la reconstrucción de la razón* (Elías Díaz) durante la dictadura franquista y contribuyeron a la transición a la democracia, continuando una tradición progresista anterior a la Guerra Civil, como destaca el profesor Josep Fontana en su prólogo a este libro. La historia fue la razón de ser y la principal pasión intelectual de Tuñón de Lara. No cabe entender su vida sin ese doble elemento de pasión y razón: la pasión por el conocimiento riguroso de la España contemporánea y la razón para desentrañar las claves de su historia. (Para él, «la historia es racionalización de lo que nos ha pasado, de lo que ha pasado a una sociedad», «El pasado es la dimensión oscura, que la historia va haciendo comprensible».) Ni la pasión le hizo caer en el dogmatismo, ni la razón le condujo a un racionalismo frío y distante con relación a su objeto de estudio por excelencia. La Historia Contemporánea de España. Se trata de un ejemplo de *objetividad apasionada*. Como escribió el académico Antonio Muñoz Molina, Manuel Tuñón de Lara «nunca permitió que ningún dogma cegara en él la pasión por la historia que es una pasión doble de conocer la verdad y saber contarla»²⁶.

Ya comprendemos que para PCGC nuestra opinión sobre Tuñón es irrelevante en tanto que discípulos suyos los tres firmantes de tales palabras. Es el caso que en tan breve texto no ha podido PCGC decir más simplezas ni manifestar mayor ignorancia sobre la significación de Tuñón de Lara y su obra historiográfica. A partir de su incorporación como docente en la recién creada Universidad de Pau en septiembre de 1965 su productividad intelectual se disparó exponencialmente. Antes de ello ya había publicado *Espagne* (1956), *Des Incas aux Indiens* (1957), *Antonio Machado* (1960), *La España del siglo XIX* (1961), *Panorama actual de la economía español-*

²⁶ J. L. Granja, A. Reig Tapia y R. Miralles, Bilbao-Madrid, septiembre de 1998, Presentación a *Tuñón de Lara y la historiografía española*, ed. de J. L. de la Granja, A. Reig Tapia y R. Miralles, con J. Aróstegui, J. G. Beramendi, J. M. Desvois, J. Fontana, L. Garrido, J. L. de la Granja, E. Hernández Sandoica, S. Juliá, M.V. López-Cordón, R. Miralles, J. Pérez, J. M. Pérez García, J.S. Pérez Garzón, M. Pérez Ledesma, P. Preston, A. Reig Tapia, B. de Riquer, M. Suárez Cortina, R. Villares y Ángel Viñas, Siglo XXI de España, Madrid, 1999, pp. X-XI.

la (1962), *Variaciones del nivel de vida en España* (1965). Pero su primera obra importante de ese mismo año aún escrita en París recibió el Premio Nova Terra y salió traducida inmeditamente al catalán (*Introducció a la història del moviment obrer*) con una tirada de 2.000 ejemplares en medio de grandes dificultades pues la editorial fue calificada por los censores «de matiz marxista-separatista» y «filo-comunista», y él mismo como «exiliado político pública y pertinazmente contrario al régimen español», lo que obviamente no facilitaba la difusión de su obra. Uno de los censores que informó negativamente de ella la calificaba no obstante de «estudio bastante serio y documentado», pero otro concluía (tachando la referencia al régimen de Franco) que podía autorizarse la edición pues se trataba «de una obra documentada y amplia y no de un simple panfleto», una obra «de tipo histórico y no de elaboración doctrinal». Esta línea de investigación culminó con la publicación de un estudio pionero del que se tiraron en primera edición 3.000 ejemplares y más tarde fue reeditada dos veces: *El movimiento obrero en la historia de España* (Taurus, Madrid, 1972), que no tuvo dificultades de censura pues el informe de lectura correspondiente decía:

Esta prolija obra de Tuñón de Lara de mil páginas, una de las más extensas, amplias y documentadas que se han escrito en la postguerra, sobre el movimiento obrero español de la preguerra y del siglo XIX, es probablemente una de las mejores aportaciones a ese fenómeno, por tan complejas causas desconocido, como es el movimiento obrerista²⁷.

Prosigue incansable Tuñón su obra publicando un nuevo libro sobre Antonio Machado mucho más denso que el publicado anteriormente en francés²⁸. Hay que destacar la publicación de dos libros importantes que fueron muy bien acogidos y contribuyeron a la renovación metodológica de la historia del poder y la historia de

²⁷ A.G.A., Cultura, caja 733, expediente n.º 11. 306-72. Cit. por J. L. de la Granja Sainz y A. Reig Tapia (ed.), *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra*, prólogo de P. Laín Entralgo, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993, p. 89.

²⁸ M. Tuñón de Lara, *Antonio Machado*, Pierre Seghers, París, 1960, 221 pp., dentro de la colección «Poètes d'aujourd'hui», y *Antonio Machado, poeta del pueblo*, Nova Terra, Barcelona, 1967, 371 pp. y varias ediciones posteriores.

la cultura en España²⁹. Sobre este libro uno de los censores aludía a la «habilidad indiscutible [del autor] para mantener en todo momento una imparcialidad que le honra» y concluía: «El libro sentará muy mal en los medios monárquicos, contiene hechos irrefutables que pueden ser vergonzosos pero que no hay quien los mueva»³⁰. Del éxito de esta obra (menospreciada por PCGC) da buena cuenta que se tiraran 5.000 ejemplares rápidamente agotados haciéndose una rápida reimpresión de otros 4.000. En 1970 salió una nueva edición de 5.000 y aún hubo una cuarta en 1975. Así que, como puede apreciarse, eran unos cuantos miles los lectores y estudiantes que se reían con la sola mención de «bloque de poder», concepto que tuvo una gran aceptación entre los historiadores sobre el que Tuñón de Lara presentó una ponencia «La formación del bloque de poder oligárquico en la Restauración» en un congreso de hispanistas que tuvo lugar en la Universidad de Burdeos. No nos consta que los hispanistas allí reunidos se partieran de risa...

Es de suponer que estas referencias no le harán la menor mella y ni siquiera tomará conciencia PCGC de su tan sorprendente como divertida capacidad para ponerse en ridículo. Admitimos que no le convenzan las consideraciones y referencias que acabamos de apuntarle. Lo contrario nos desazonaría. Vale, pues mire lo que escribía José María Jover Zamora uno de sus justamente admirados historiadores de referencia (en algo teníamos que coincidir) sobre el pérfido Tuñón:

No hay «exilio intelectual» en la obra de Tuñón de Lara; sus libros [...] manifiestan en el planteamiento y en la discusión de los problemas, incluso en sus notas a pie de página, el designio espontáneo de integrarse en el esfuerzo colectivo de levantar una Historia Contemporánea de España sobre la base y la colaboración de la crítica recíprocas y el entendimiento personal y humano. Su enorme capacidad de trabajo, la extraordinaria densidad de su información, recaen sobre una vocación de historiador servida con

²⁹ M. Tuñón de Lara, *Historia y realidad del poder. (El poder y las «elites» en el primer tercio de la España del siglo XX)*, Edicusa, Madrid, 1967, y *Medio siglo de cultura española (1985-1936)*, Tecnos, Madrid, 1970.

³⁰ A.G.A., Cultura, caja 18.389, expediente n.º 7.081-67. Cit. por J. L. de la Granja y A. Reig Tapia, *Manuel Tuñón de Lara...*, op. cit. p. 90.

ejemplar honestidad, el planteamiento incesante de problemas teóricos y metodológicos, la reflexión y discusión sobre los mismos en coloquios y en publicaciones, hacen de Tuñón de Lara un historiador que «vive» y exterioriza su vocación en una medida tan fecunda como poco frecuente. Se afirma en efecto, libro tras libro, su creciente fundamentación teórica, la precisión del utillaje sociológico puesto al servicio de su trabajo de historiador. Y se afirma también algo que no siempre es dado al historiador español de talla: la formación de escuela, fruto conjunto de una concepción del trabajo como obra de equipo y de una siempre presta atención al trabajo de los demás³¹.

Y para rematar la faena en otro estudio decía José María Jover que Tuñón de Lara ha sido «el historiador español de nuestro tiempo que más fecunda y tenazmente ha abordado el problema de los métodos en historia social contemporánea»³². Y por si no fuera bastante le remitimos a lo que de Tuñón de Lara afirma otro historiador del que –estamos seguros– no renegaría nuestro patético PCGC, más bien al contrario, refiriéndose a él como un hombre «culto y dotado de envidiable sensibilidad para la política y la literatura» y constata que:

Editoriales renombradas y publicaciones muy leídas en el tardofranquismo como *Triunfo* o *Cuadernos para el diálogo* le abrieron sin tardanza sus puertas y el historiador madrileño impuso un ritmo trepidante a su fácil pluma. Informada por las tesis de un marxismo depurado de tosquedades y rudimentarismos, su copiosa producción no dejó de roturar los más diversos campos [...] Durante el primer veintenio democrático, su obra se ensanchó en todas las direcciones temáticas y mediáticas, siempre con gran audiencia de público y lectores. [...] Al mismo tiempo, sus descollantes dotes organizadoras se revalidaban sin pausa con la dirección de diversas obras de conjunto [...] coloquios –los archifamosos de

³¹ J. M.^a Jover, «El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)» en J. M. Jover (dir.) *et al.*, *El siglo XIX en España: doce estudios*, Planeta, Barcelona, 1974, p. 54.

³² J. M.^a Jover, «Corrientes historiográficas en la España contemporánea», en VVAA, *Once ensayos sobre la historia*, Fundación Juan March, Madrid, 1976, p. 237.

Pau, de los que hasta diez llegaron a celebrarse y ¡a publicarse!—; seminarios, mesas redondas, etc., que hacían entrar de lleno a una hasta entonces timorata y cenobítica Clío en todos los escenarios culturales. [...] Tuñón de Lara ha sido incuestionablemente el contemporaneísta español cuyo tránsito ha alcanzado mayor impacto y extensión mediática [...] La socialización de la historiografía durante el último tercio del siglo xx le tiene sin duda como principal adalid. Gran parte de los estratos progresistas del país vieron en él al apóstol y al intelectual comprometido, incansable emisor de mensajes que encerraban, a sus ojos, lo mejor de la tradición institucionista y del humanismo socialista.

Muestra máxima de la influencia y huella de su magisterio es el ancho caudal de su escuela. Considerada por algunos críticos banco de prueba infalible e insoslayable de la grandeza de un historiador, Tuñón se erigió en creador de un equipo y en la cabeza rectora de un muy extenso grupo de estudiosos [...] Bien que España sea un país muy propenso a los clanes y fratrías seguramente por su fuerte influencia árabe, las labores de equipo, cuando son realmente tales —y la de nuestro autor lo fue sin duda—, merecen el elogio más encendido, como el que se le tributa desde la modestia de estos desgarbados apuntes³³.

En otro libro el profesor Cuenca Toribio se ha referido a mayor abundamiento en parecidos términos a la figura de Tuñón³⁴. Francamente, ¿con qué opinión se quedan ustedes con la del señor González Cuevas o con las de sus discípulos, y las de los pares de Tuñón, José María Jover y José Manuel Cuenca cuya concepción de la historia —tan alejada de la de Tuñón de Lara—, no les nubla el entendimiento como a PCGC y son capaces de reconocerle su talento, su talante, así como el valor de su obra y su habilidad para crear equipos y dejar huella en sus discípulos y colegas? A partir de aquí no merece la pena malgastar ya más papel en esta cuestión para desasnar y desenmascarar a PCGC. No le decimos que si quiere saber

³³ J. M. Cuenca Toribio, «La obra de un “outsider”: Manuel Tuñón de Lara», en J. Andrés-Gallego (coord.), J. M. Blázquez, E. Mitre, F. Sánchez Marcos, J. M. Cuenca Toribio, *Historia de la historiografía española*, Encuentro, Madrid, 1999, pp. 246-249.

³⁴ J. M. Cuenca Toribio, *Marx en España. El marxismo en la cultura española del siglo xx*, Almuzara, Córdoba, 2016, pp. 50-51 y n. 98, p. 90.

más que vaya a Salamanca. Ni siquiera que lea el libro-homenaje que tuve el honor de coordinar y editar con mi compañero José Luis de la Granja, ya citado. «De donde no hay no se puede sacar», y no hay que «pedirle peras al olmo» (al alcornoque en su caso).

Dicho lo cual, permítasenos para rebajar la hipotética tensión que nuestras comedidas palabras pudieran provocar en el lector no suficientemente informado, pero es que el *asunto* tiene tela, saludar festivamente como bien merece a este nuevo «titán» de la historiografía española desaparecido ya don Ricardo de la Cierva que Dios guarde. Hay que tomárselo necesariamente a risa, pero no la risa que dice (mentiroso) provocaba en los alumnos lo de «bloque de poder», «aparatos de Estado», etc., sino la carcajada que nos provocan sus comentarios. Pobre. Si nos lo tomáramos por la tremenda se nos dispararía la tensión y no nos conviene. PCGC parece dispuesto a inaugurar un nuevo paradigma en la materia y eso siempre resulta excitante. Afrontemos pues la cuestión con un poco de humor acudiendo a la entrañable canción infantil de *Hola don Pepito, hola don José* que, con todo nuestro cariño, le dedicamos a modo de bienvenida y hemos adaptado especialmente para él:

- Hola don Pedrito,
- Hola don Pedrolo,
- ¿Se le ha ido a usted el bolo?
- El bolo se me fue
- Parece estar contrito
- ¿Insultó usted a destajo?
- A destajo yo insulté.
- ¿Mintió con desparpajo?
- Con desparpajo calumnié.
- ¿Satisfizo usted su ego?
- Muy satisfecho me quedé.
- Pues, adiós don Pedrito,
- Adiós don Pedrolo.
- Hágase mirar el bolo,
- Esfúmese don Pepito,
- ¡Olvídenos Pepito Grillo!

Deberíamos dejar aquí el asunto, pues en verdad no da mucho más de sí y poca glosa merece semejante panfleto, pero eso sería

precisamente actuar del mismo modo que actúa él, además, quizá algún lector desconocedor de este insólito ataque o simplemente mal informado de quién fuera Tuñón de Lara o aún joven y con curiosidad por saber y entender de lo que estamos hablando, pudiera considerar que deberíamos justificar con razones y argumentos la descalificación que acabamos de hacer de don Pepito y la alegre canción infantil que le dedicamos. Incluso él mismo pudiera sentirse humillado de verse en los chiqueros expuesto a la vergüenza pública tras haber sido recibido con una larga y airosa revolvera. Tan bravo morlaco (por aquello de que «embiste, cuando se digna usar de la cabeza» que dijera Antonio Machado) bien merece pasar por la suerte de picas para bajarle un poco los humos y darle al menos algún natural antes de cuadrarlo y devolverlo a los toriles debidamente indultado, pero no precisamente por su bravura, sino porque por inconmensurable que sea la sandez, la ganzada, chuminada o paparrucha mostrada, el maestro Tuñón, si aún estuviera entre nosotros, pese a las ofensas recibidas habría agitado sin la menor duda y con verdadera pasión y convencimiento el pañuelo blanco no ya del indulto, sino de la amnistía, de la vida, y de la libertad.

Vayamos renglón por renglón con la mentada basurilla. Este (presunto) caballero, al igual que Ricardo de la Cierva, Pío Moa y otros de similar rango, califica de «marxista» a Tuñón de Lara no con la intención de aludir simplemente a su formación intelectual o metodología de trabajo historiográfico, hijo de la prestigiosa Escuela francesa de los *Annales* (Lucien Febvre, Marc Bloch, Fernand Braudel, Marc Ferro, Jacques Le Goff, Pierre Vilar...) y otras influencias y corrientes historiográficas que tantos frutos han dado en el campo de la historiografía del siglo xx, sino que porfía por minimizarlo y despreciarlo intelectualmente como si tal estuviera a la altura de sus capacidades salvo ser muestra inequívoca de sus particulares obsesiones ya que llueve sobre mojado. Como si la pretendida orientación filosófica de Tuñón de Lara contaminara los resultados de su obra historiográfica cuando ocurre justamente lo contrario. Miente y calumnia desvergonzadamente (presuntamente) nuestro oscuro «historiador», ya degradado por sus solos méritos a la subcategoría de nuevo *historietógrafo* por su singular desca-ro (presunto) al atribuir a Tuñón de Lara haber sido espía de la KGB durante un tiempo «según Jorge Semprún», dice, confun-

diendo a Carlos con Jorge que ya es confundir pues todavía hay clases, y muestra inequívoca de su rigor «historiográfico» en el tratamiento de sus fuentes informativas. Lo dicho. «Calumnia que algo queda» Ese «según Jorge Semprún» es el típico recurso dialéctico del miserable moral (ya menos presunto) que trata de emponzoñar figuras a las que odia, no sabemos por qué, quizá porque nunca podrá llegar a ser como ellos y hacer la obra que han hecho y otros hacen por similar o parecida senda, por simple envidia o mala baba, y trata de bajarlos a su nivel con chismorreos y acusaciones que no resisten el análisis ni puede acompañar con la carga de la prueba. Un chismoso amparado en la impunidad, no de su «libertad de expresión» y de crítica, sino en la de difamación a la que al parecer cree tener acceso con derechos exclusivos. «Se dice», «se comenta», «según» fulano o mengano... Penoso. Qué nivel.

Tuñón de Lara jamás fue espía de la KGB (creada en 1954) en su época de exiliado (huído de España por el terrible delito de pertenecer al Consejo Rector de la Unión de Intelectuales Libres). Fue siempre, desde antes de acabar su licenciatura, un profesor, un historiador, un intelectual que pasó grandes estrecheces en París como atestiguan quienes lo conocieron directa y personalmente. Tuñón de Lara malvivía como traductor, del periodismo y de cuantas corresponsalías podía acaparar escribiendo artículos a destajo para llegar a fin de mes y alimentar a su familia, lo que no le impidió nunca dejar de prodigarse en un sinfín de actividades culturales no remuneradas. Tuñón no vendía su primogenitura (su honorabilidad) por un plato de lentejas para ponerse al servicio de una potencia extranjera. El exilio forzoso, la libertad y la dignidad tienen muchas veces un precio. Siempre hay quien acepta cualquier limosna por un principio menos y quien sencillamente jamás pone sus más arraigados valores en venta. ¿Dónde estaba el supuesto oro de Moscú (el habitual ridículo comodín de estos calumniadores de oficio) del que jamás llegó a ver Tuñón una sola pepita con el que le retribuirían los soviéticos por sus trascendentales servicios de espionaje? ¿Espía de qué? Que José Antonio Primo de Rivera, por ejemplo, cobraba de los fascistas italianos por sus informes a través de su embajada está documentalmente probado. ¿Qué prueban y documentan estos calumniadores de oficio? Esta burda falsedad la hizo correr el mentado Carlos Semprún desde el diario *ABC* quien cínicamente se desdijo de ella en cuando se lo reprocharon afirmando

que «lo oyó decir». ¿A quién? ¿Con qué pruebas o indicios razonables de verosimilitud se permite lanzar semejante infundio? Esta despreciable falsedad la han propagado sin límite ni medida a sabiendas personajes como Ricardo de la Cierva (quien tenía el cuajo de ir proclamando públicamente que Rodríguez Zapatero era masón (quizá lo leyera también en el *ABC* o se lo oyera decir a alguien tan serio y bien informado como el periodista Federico Jiménez). La información era de buena tinta, «según» un testimonio que presumía fiable y que decía no podía desvelar³⁵.

Pío Moa, César Vidal y otros impresentables de similar catadura moral (de la deontología profesional ni hablemos) como el que ahora nos ocupa se encargan también de difundir semejante falsedad *urbi et orbi*. Esa es su seriedad «historiográfica» que les excluye automáticamente de la comunidad de profesionales honestos de la historia que practican el libre albedrío, pero no mienten con semejante descaro para llevar el agua a su molino político y tratar de degradar la figura de un historiador que por lo visto les gana batallas después de muerto y que de estar vivo les ignoraría para no tener que darles capones con el codo. Es como si nosotros dijéramos para descalificar a PCGC que, según testimonio del cual nos fiamos absolutamente, el susodicho es un agente de la CIA (nos lo dijo un colega que trabajó para la agencia... y nuestra deontología profesional nos impide revelar su nombre), o más verosímelmente, que es miembro honorario de la Cofradía del Bobo de Coria según fuentes que no podemos desvelar...

PCGC persistiendo en difundir semejante falsedad no hace sino incorporarse a la añeja tradición de falsarios y calumniadores obsesivos de comunistas, izquierdistas, masones y demás gentuza de mal vivir, por más que en el momento de recibir tan elogiosos epítetos muchos de ellos hubieren dejado de serlo en uso de su legítimo derecho a ser y dejar de ser lo que políticamente les dé la gana. Ese oír campanas y no saber dónde (propio de los locos) es el ejemplar comportamiento de toda esta fanática reala de escribidores y difamadores (Federico Jiménez, Pío Moa, César Vidal...) que se apresuraron a difundirlo a la rosa de los vientos con tal de tratar de desprestigiar al reconocido historiador, desaparecido en

³⁵ R. de la Cierva, «Zapatero es masón», entrevistado por G. Altozano, *semanarioalba.com*, 13 de mayo de 2005.

1997, pero al que por lo visto hay que seguir alanceando después de muerto por el grave pecado de haber creído en la utopía comunista en tiempos ciertamente convulsos para la historia de Europa y del mundo que, para su fortuna, no ha tenido que vivir PCGC, y que a la vista de lo visto es incapaz de historiar adecuadamente.

Si decimos lo que decimos ahora (nos importa una higa la filiación ideológica de PCGC) es sencillamente porque miente a sabiendas de que lo hace a cuenta de la honorabilidad de personas respetables cuyo sentido común (el menos común de los sentidos) y natural bondad les hacía no responder a tan viles ataques. Y lo que te rondaré, morena. Véase lo que escribía Tuñón de Lara a su entrañable amigo Max Aub en la lejana fecha de 1965 para poder calibrar el talante de Tuñón diez años antes de la muerte de Franco y lo dañina que podía ser su influencia intelectual y política, tal como le atribuye tan preclaro «historiador», entre los jóvenes que lo leíamos y nos acercábamos a la Universidad de Pau para trabajar con él, y la supina ignorancia sobre lo que nos dice PCGC de él...

«¿Función activa contra el régimen de Franco?» Reflexionemos un poco, pues en esto se abusa demasiado. Para que la función sea activa tienen que convencer y no increpar (me refiero ahora a los de la otra acera), tienen que aunar voluntades de grupos y personas eficaces, que ganar nuevos adeptos a la necesidad de transformar España en una democracia. [...]

Hoy, querido Max, se trata de saber lo que queremos para España, no de ser «antifranquistas» como hace un cuarto de siglo, aunque en lo hondo de nuestra alma –la tuya y la mía– se remuevan y aferren esos sentimientos. Por ejemplo, proponer una solución de violencia es el mayor de los dislates, igual que hablar de «frente obrero y campesino». También lo es luchar contra todos los católicos en bloque, como si fueran enemigos. (¡Cuántos ateos hacen mucho menos, pero mucho menos, que numerosos católicos!)³⁶.

³⁶ Carta de Tuñón de Lara a Max Aub fechada en Guéthary el 25 de agosto de 1965, Fundación Max Aub, Segorbe (Castellón), reproducida íntegra por J. L. de la Granja en «Disidencias en el exilio. La valoración de Manuel Tuñón sobre Ruedo Ibérico y Jorge Semprún a través de su correspondencia con Max Aub», en J. L. de la Granja (ed.), *La España del siglo xx a debate. Homejane a Manuel Tuñón de Lara (1915-2015)*, Tecnos, Madrid, 2017, a quien agradezco la deferencia de dejarme leer el texto

«Convencer y no increpar», «aunar voluntades», «transformar España en una democracia», rechazar la vía de la violencia y la constitución de frentes de clase, propugnar la colaboración con los católicos... Todo un programa bolchevique, ciertamente. Siguiendo el impecable análisis que nos ofrece este mal informado e indigno emborrón de cuartillas, hay que decir que tampoco creó «escuela» alguna como afirma tan a la ligera. Tuñón de Lara generó algo por completo fuera del alcance de estos *historietógrafos* de poca monta: una legión de lectores académicos, de discípulos, de alumnos, de asistentes a sus conferencias, de colegas, de amigos que lo recordamos con cariño sencillamente porque es de bien nacidos ser agradecidos, y porque generaba afecto y empatía su cercanía, su brillantez intelectual, su hombría de bien, su reivindicación de una metodología plural y su discurso político tolerante y democrático, algo por completo fuera del alcance de estos envidiosos, resentidos y frustrados escritores, que pasarán por este mundo sin pena ni gloria incapaces de generar la menor curiosidad por su obra ni el menor interés por sus personas, pues siempre hay entre ambas una inevitable interrelación «moral». No había canon alguno, ni protocolo a seguir, ni doctrina que impartir, ni modos que imitar, ni «escuela» en el sentido e intención peyorativa que manifiesta PCGC. Había «paulinos», sí, que «peregrinaban» a Pau a discutir en libertad bajo la «férula» de Tuñón ya que en España entonces no se podían discutir trabajos de investigación que cuestionaran la ortodoxia historiográfica franquista controlada por los Ricardo de la Cierva y catedráticos afines al sistema o que no querían complicarse la vida. Eran en su mayor parte trabajos realizados con vistas a la elaboración de tesinas y tesis, una experiencia compartida con los asistentes a los coloquios que anualmente organizaba y moderaba Tuñón de Lara desde su exilio francés de la que se salía enriquecido intelectualmente por la convivencia con otros colegas venidos de toda España y del extranjero. Por cierto, si la memoria no me es infiel, Santos Juliá, todavía en el St. Anthony's College de Oxford o recién regresado de allá de trabajar con Ray-

antes de su publicación. En este libro, dedicado a la figura de Tuñón de Lara, podrá encontrar González Cuevas varios artículos y semblanzas que cuestionan contundentemente sus prejuicios y podrían mitigar, aunque lo dudamos, su manifiesta ignorancia y mala fe respecto a Tuñón de Lara.

mond Carr, especialmente invitado por Tuñón de Lara para la ocasión, presentó uno de sus primeros trabajos de investigación (abril de 1979) en una ponencia extraordinariamente sugestiva donde planteó la novedosa tesis, frente a cierta bibliografía anglosajona moralizante y reduccionista a propósito del fracaso de la República, que era esta una tesis predeterminada y necesariamente revisable. Dicha bibliografía mayoritariamente asumida por los estudiosos de la Segunda República, la Guerra Civil y el franquismo, daba por supuesta una sociedad polarizada inevitablemente abocada a la guerra. Todos esos autores, decía Santos Juliá:

Metidos en la tremenda caverna del Fracaso, estos autores solo ven las sombras de la República moviéndose en los muros fascinantes de la Guerra. La Gran Idea del Fracaso-Guerra se ha tragado así y ha disuelto la específica realidad de la República, cuyo ser se reconstruye a partir de las sombras que proyecta hacia adelante³⁷.

A partir de ahí empezaron a enfocarse los estudios sobre el «necesario» fracaso de la República, la «inevitable» Guerra Civil y la «inevitable» dictadura desde otra perspectiva. Ítem más. Como puede verse, según la experta y documentada tesis de PCGC que hemos podido disfrutar más arriba, entre la «escuela liberal» anglosajona de Raymond Carr y la «escuela marxista» de Tuñón de Lara y sus respectivos discípulos, había una despiadada y sangrienta Guerra Civil que solo podía concluir con el triunfo del bien sobre el mal y el campo de batalla sembrado de cadáveres de historiadores «combatientes» de uno u otro signo político.

¿Se puede hacer más el ridículo que PCGC? Y sí, se nos puede calificar a los que por allí pasamos (la Universidad de Pau en la década de los setenta) como «tuñonianos» o «hijos de Tuñón» pues, lejos de significar para nosotros un baldón, es un título que exhibimos con orgullo aunque, a partir de esa experiencia, cada uno hemos ido haciendo camino al andar, o sea hemos ido «por

³⁷ S. Juliá, «Segunda República: por otro objeto de investigación», en M. Tuñón de Lara et al., *Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen*, Siglo XXI de España, Madrid, 1980, pp. 295-313.

libre» aunque tal le resulte difícil de entender al perspicaz PCGC tan esclavo de sus propios prejuicios, pero es lo que hay. De corruptos morales no puede esperarse nunca nada noble y digno que merezca la pena. Así que visto lo visto, hay ya que dejar de considerarlos «presuntos» de nada, sino convictos y confesos de insidias y manipulaciones que los hacen acreedores de una bien merecida condena a cadena perpetua en la cárcel de papel de *La Codorniz*.

¿Tuñón de Lara diciendo que la historia es ante todo un arma de combate para el logro del socialismo y recomendando desde la prensa «vigilancia política» cual comisario político? Ese pretendido «rojazo traga liberales» debiera haber sido en buena lógica una persona bien oronda ante tan insaciable glotonería y, sin embargo, era un personaje enjuto y fibroso de mirada limpia y no porcina como tantos otros que mantenía excelentes relaciones profesionales con toda clase de historiadores, intelectuales y escritores, no precisamente «marxistas» de diversas y plurales concepciones y metodologías historiográficas, como Miguel Artola, José María Jover, José Antonio Maravall, Fernando García de Cortázar, José Manuel Cuenca Toribio, Javier Tusell, Pedro Laín Entralgo, Camilo José Cela, Gabriel Tortella, Raúl Morodo, etc. Según este presunto historiador, Tuñón de Lara ¿se dedicaría a adoctrinar a almas incautas como la suya propia, provocándole al parecer terribles secuelas psicológicas de las que porfía por liberarse en ausencia de una terapia adecuada?

¿Por qué insulta y calumnia con tanta vehemencia? ¿Y qué mejor prueba de la ligereza con que escribe que acudir de nuevo al propio Tuñón de Lara y al órgano de expresión más destacado de la prensa española que propalaría sus reivindicaciones marxistas, sus exigencias inquisitoriales y las propuestas revolucionarias que le atribuyen, jaleándolo con tal fin así como a otros de su misma «escuela» para calibrar la enjundia historiográfica de PCGC?

[...] cada historiador, a cualquier nivel que se halle, tiene contraída una alta responsabilidad. Para cumplirla, basta con aplicar aquello de don Antonio Machado: la verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero³⁸.

³⁸ M. Tuñón de Lara, «La responsabilidad del historiador», *El País*, 7 de septiembre de 1977.

Blanco y en botella. Puro marxismo-leninismo-estalinismo como puede apreciarse extraído de la desacreditada *Pravda* española. Pero, este «caballero» entrecomillado, ¿conoció a Tuñón de Lara, lo trató, lo ha leído, sobre qué base fundamenta semejantes majaderías? ¿Dónde está la inexcusable carga de la prueba que exige el oficio al que degrada con semejantes afirmaciones? Tuñón de Lara era un académico serio apasionado por su trabajo y en los largos años en que tuvimos la fortuna de tratarle muy de cerca –a diferencia de este indocumentado calumniador ya nada presunto que apenas habla por boca de ganso–, jamás hubimos de asistir al menor intento de adoctrinamiento por su parte, sino todo lo contrario puesto que precisamente lo que hacía era alertarnos constantemente a los jóvenes de semejante peligro.

Si algo era Tuñón era un hombre de debate, que sabía escuchar, y jamás trataba de imponerse sobre la base de su autoridad académica. Era uno de los encantos más sugestivos de los Coloquios anuales que se celebraban bajo su autoridad en un Centro de Investigación extranjero que irradiaba hispanismo gracias a su trabajo incansable y realizado con limitadísimos medios financieros. Como se cree el ladrón que todos son de su condición califica con *animus injuriandi* de «acólitos» (monaguillos) a los discípulos, colaboradores o colegas del gran historiador desaparecido, que nada tenía de sacerdote, por lo que difícilmente sus próximos podíamos ayudarle en las prácticas rituales propias de acólitos y monaguillos a las que sin duda se abandona este clérigo vocacional para mitigar su patente *delirium tremens* y menos, dado el entrañable carácter del maestro, podíamos caer sus próximos bajo su «férula» (palmeta o regla con la que quizá le atizaban a él de pequeñito por zurumbático).

A mí lo que me ofrecía el gran Manolo cuando se nos hacía tarde trabajando en su despacho de la Universidad de Pau y Países del Adour en el precioso entorno de los Pirineos Atlánticos, ya en su propia casa siempre abierta a sus discípulos y amigos, no era exigirnos que le pusiéramos la mano para recibir palmetazos por hurtarnos a su adoctrinamiento (completamente inexistente) sino ricos quesos franceses acompañados de un burdeos que, innecesario es decirlo, jamás vi que le diera por bendecirlo antes de que pasáramos a disfrutarlo con su mujer y sus hijos. De toda la serie de chorradas (nada presuntas) que dice a continuación este bultuntún

destaca la de que estuvieran «proscritos» en la universidad una serie de importantes autores que cita. Ignoramos en dónde pudo deformarse, que no formarse, este *bon à rien* (inútil) para decir tal. A lo mejor le dieron tantos capones en el colegio por cabezón que acabó por afectarle a las neuronas. ¿Acaso él estudió en algún seminario o escuela de partido sin más fuentes de conocimiento que una limitada biblioteca convenientemente expurgada y teniéndose que ajustar al correspondiente índice de libros prohibidos? ¿Acaso el pobre no tuvo la menor posibilidad de satisfacer la natural curiosidad del aprendiz aplicado y solo pudo leer los pocos disponibles debidamente alabados y certificados por el correspondiente *nihil obstat*, lo que le hace creer que los demás hemos pasado por similares experiencias sin duda traumáticas? Pues se equivoca de medio a medio.

Ya completamente desmelenado y sin poder sujetarse la lengua se refiere a oscuras redes, a fraternías, a grupos de presión dialécticamente agresivos de escaso nivel intelectual –nos dice este (presunto) mangurrián–, pero ruidosos mediáticamente. Debe de saber de lo que habla por su propia experiencia, nosotros hemos tenido la fortuna de no haber pasado por tan castradoras vivencias. A lo mejor le traiciona el subconsciente y en realidad en quienes está pensando es en sus propios *fratres*, que son los verdaderos reyes mediáticos y pertenecen, ellos sí, a oscuras redes de escaso nivel intelectual. Pobre, qué tremendas pesadillas deben de acometerle en sus largas noches de insomnio, en que el mismísimo Belcebú se le debe de presentar tridente en una mano y el *Das Kapital. Kritik der politischen Oekonomie* de *Karl Marx* en la otra, resoplando por sus narizotas azufre líquido y meneando su largo y punzante rabo. Verdaderamente espantoso.

Si el ciberespacio se ha convertido en un vehículo de transmisión de conocimientos fantástico, hay que decir que al mismo tiempo lo hace también de desconocimiento con informaciones sesgadas, manipuladas o simplemente falsas como de las que se sirve PCGC. Esto es particularmente perceptible en lo que respecta a la Guerra Civil. La profesora Matilde Eiroa y sus colaboradores responden así a por qué es noticia la Guerra Civil en los cibermedios:

El pasado está entre nosotros y se resiste a marcharse porque la sociedad así lo demanda. La Guerra Civil española, concretamente

te, se ha configurado como noticia recurrente y su cobertura está sujeta a la tendencia editorial de cada medio³⁹.

Sin embargo, al mismo tiempo no dejan de constatar que la red se ha convertido en un territorio abierto no reglado de confrontación y polémicas interesadas que nada aportan al conocimiento histórico:

Los lectores tienen, igualmente, un papel informativo y de opinión en los medios *on line*. Lo ejercen, sin embargo, amparados por el anonimato y los seudónimos que permite la *web*. En algunos casos se trata de insultos al autor del artículo, de injurias, comentarios despectivos e incluso debates personales de bajo nivel entre dos o tres usuarios que apenas tienen que ver directamente con la noticia. En este contexto es posible encontrar muchas aportaciones que irradian odio y que muestran una gran ignorancia sobre los hechos de la Guerra Civil⁴⁰.

Igualmente, y a diferencia de lo que sostiene PCGC, los *historietógrafos* neofranquistas y los pseudohistoriadores que circunstancialmente les critican, como ha hecho el mismo PCGC con Pío Moa, son los que están más presentes en la red y abundan en las tesis neofranquistas antirrepublicanas más sectarias justificando la sublevación y legitimando la dictadura franquista, como ponen en evidencia las investigaciones que se realizan al respecto como la citada de Matilde Eiroa y colaboradores.

La divulgación de contenidos neofranquistas se realiza a través de los formatos *on line* ya referidos, pero su orientación nada tiene que ver con la función informativa y formativa de los medios de comunicación, sino más bien con la propaganda, la opinión mal documentada y la cohesión de un colectivo que intenta mantener en el tiempo las versiones franquistas de la Historia. Ciertamente están lejos de tener una gran acogida y no cuentan con muchos seguidores; tampoco es frecuente que hagan uso de la interactividad que

³⁹ M. Eiroa, M.^a Flor Amarilla, M. Cillero y J. I. Domínguez, «La Guerra Civil española en la actualidad cibermediática», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. 32, Universidad de Salamanca, 2014, p. 359.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 361.

proporciona nueva información y permite la expresión de puntos de vista distintos. Entre los *websites* la Fundación Francisco Franco (<http://www.fnff.es/>) es el centro emisor de una página que combina actualidad con pasado, instrumentalizando a este para demostrar que la izquierda es corrupta, inepta y responsable de los males del país. En su página de Inicio presenta varias secciones sobre cultura, actualidad, artículos de prensa, propuestas políticas, actividades de la fundación, biografías de personajes ejemplares, episodios históricos de la etapa franquista, y gestas como la del Alcázar de Toledo –aparecidos en el número de agosto del 2013–, con un tono exaltado. Contiene, asimismo, un enlace a un boletín informativo de periodicidad irregular y disponible *on line* desde 2006. El número correspondiente a abril del 2012 tenía en su portada una foto de Franco con el titular «Una victoria para todos» y un artículo sobre los beneficios del triunfo del 1 de abril de 1939 en el plano social, laboral, educativo y económico. Los editoriales suelen mostrar algunos de los referentes del franquismo más puro: la homologación de la España franquista con la de los Reyes Católicos, la idea de la existencia de una conspiración de los enemigos de España y de la civilización cristiana, la obsesión con la unidad de la nación, con la masonería y el desprecio absoluto por la izquierda política. Las recomendaciones de lectura para el verano de 2013 son expresivas de estas ideas anacrónicas y sustentadas en fantasmas ideológicos.

La historia falseada, la manipulación y los mitos de la Guerra Civil divulgados entre 1939 y 1975 se reproducen prácticamente con los mismos argumentos que se esgrimieron durante la dictadura. Si bien en la versión actual se han añadido comentarios críticos contra las publicaciones de historiadores que se han encargado de probar con fuentes primarias el predominio de la violencia durante la etapa franquista, la estructura antidemocrática del Régimen, las disensiones políticas internas y el falso milagro económico desarrollado, entre otros errores cometidos. Es destacable la entrada «Ángel Viñas y cia. descubren el Mediterráneo e ignoran el Atlántico» referida a la publicación reciente de un libro que desmantela algunos mitos del franquismo, en la que su autor derrocha grandes dosis de desconocimiento y se muestra incapaz de asumir la historia de la Segunda República y la Guerra Civil⁴¹.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 364-365.

Este es el tipo de deslumbrante argumentario con el que de un plumazo tratan de anular la obra del profesor Viñas y otros investigadores. A los contundentes trabajos de investigación fundamentados en una rica documentación primaria y una exhaustiva bibliografía en varios idiomas, lo único que son capaces de contraponer es la descalificación genérica de las obras en las que se desmontan los mitos más señeros del franquismo como hace el profesor Viñas quien «derrocha grandes dosis de desconocimiento e incapacidad», dicen. Definitivo.

Entre las conclusiones a las que llegan en su investigación el equipo de la profesora Matilde Eiroa cabe destacar:

Es evidente que el tema de la Guerra Civil y sus consecuencias de cuarenta años de un régimen represor y antidemocrático no constituye únicamente parte de nuestro pasado, sino que tiene plena vigencia política, social y mediática.

Las razones parecen estribar en que se trata de un conflicto no resuelto tanto en el ámbito histórico del mismo –quedan aún temas que necesitan ser aclarados–, como en el político –el reconocimiento del 18 de julio de 1936 como un golpe de estado contra la legalidad republicana– y en el de las responsabilidades políticas y penales de los implicados. Los medios *on line* y las distintas posibilidades comunicativas que ofrece internet han sido el mejor escenario para la propagación de propuestas de carácter pedagógico, cultural, informativo, interpretativo, político, social, manipulativo o negacionista.

Sin embargo, la accesibilidad de la red favorece los mensajes que proceden de los tiempos de la dictadura y de los grupos sociales que la apoyaron. Nos referimos a aquellos *websites* dedicados a la apología del franquismo donde se divulgan piezas de la «infraliteratura» y se redirecciona a los canales de la denominada «caverna mediática». Junto a ellos existen los vinculados al concepto *La otra memoria*, en la que se pretende recuperar la memoria de las víctimas de la violencia republicana basándose en un relato parcial en el que se mitifican los sucesos de la Guerra –Cruzada de Liberación Nacional– protagonizados por la facción rebelde mientras que se ocultan y denigran los éxitos republicanos.

Los responsables de *La otra memoria* –focalizados especialmente en una universidad privada de Madrid de orientación nacional-católica– actúan como mitógrafos del golpe de Estado del 18 de julio y del franquismo tergiversando la información histórica, y, consecuentemente, gozan de un gran eco en los medios ultraconservadores actuales –algunas emisoras de radio, canales de televisión digitales, medios de comunicación *on line* y blogs, aunque ese eco es minúsculo en los medios profesionales y en los centros académicos internacionales–⁴².

Sin embargo, como puede verse, el odio también puede mostrarse con nombre y apellidos. Ciertamente nula justificación tiene ampararse en semejante cobardía para, bien resguardados, poder tergiversar, calumniar e insultar a placer. Hay que responsabilizarse siempre de lo que en el ejercicio de la crítica y en pleno uso de nuestra libertad de pensamiento expresamos y del modo y manera como ejercemos ese derecho. Cuando se da la cara, lo que honra a González Cuevas, si no quiere ponerse en el nivel de los descerebrados que circulan por la red y han encontrado ancho campo donde dar rienda suelta a su estupidez política y odio incontrolable al discrepante, tiene que haber una justificación intelectual plena como la de haber sido previamente agredido y no responder a un mero desahogo personal. Nosotros no se la hemos encontrado. Por consiguiente, que no se sorprenda de las respuestas con las que se pueda topar mientras siga alimentando su odio incontenido hacia autores y obras que ni conoce ni frecuenta por simple consideraciones de orden ideológico. Que se consuma en su santa indignación cuando como colofón inevitable a sus salidas de pata de banco se dé de bruces con argumentos mejores que los suyos y reciba una razonable andanada de epítetos apenas activados contra él en el pleno y legítimo derecho de defensa del honor de personas intachables por los agravios que tan gratuitamente él les ha prodigado y que, como mínimo, merecen una compensación moral que él jamás les concederá. Y de noche, para dormir, tómese un buen tazón de tila y un par de dormidinas para ahuyentar a sus propios fantasmas.

Acusar con manifiesta falsedad a un hombre honorable como Manuel Tuñón, un hombre bueno en el buen sentido de la palabra

⁴² *Ibid.*, pp. 367-369.

bueno, de dedicarse nada menos que a la «coacción física» de indefensos corderitos exige cuando menos una respuesta contundente. Estos comentarios, aparte de provocar una justa indignación (al menos en lo que a nosotros atañe) deberían provocar risa y conmiseración entre cualquier hipotético lector de este gazzápíro (¿presunto?), pues como da clases «a distancia», que ya tiene mérito, hay una imposibilidad física de que se carcajeasen de sus fantasías en vivo y en directo sus inexistentes (presuntos) alumnos-oyentes, probablemente asignados o forzados⁴³.

Y en estas llegó el malvado José Luis Rodríguez Zapatero (Zeta-pé para su «club de fans»), que no podía faltar a la cita y que, según parece, se comía crudos a los historiadores conservadores y derechistas, como vino a decir el «canallita» (o canallazo) de Federico Jiménez en su día, acusándonos a Julio Aróstegui (catedrático de la UCM), a Julián Casanova (catedrático de la Universidad de Zaragoza [UZA]), a Santos Juliá (catedrático de la UNED) y a mí (catedrático de la URV) de suministrar «basura ideológica» al expresidente socialista para facilitarle tan caníbal y escatológico empeño, lo que nos proporcionó a los cuatro el alto honor de ser bautizados por semejante fantoche, nada presunto, como «la cofradía de la checa»⁴⁴. Caramba. Tiene razón Jiménez, pensándolo bien, yo al menos sí me veo de cofrade «chequista» con una palmeta en la mano haciendo cola para marcarle sus orondas nalgas a Jiménez sencillamente por tontolaba. Afortunadamente, cuando desperté el dinosaurio (a diferencia del célebre microrrelato de Augusto Monterroso) él ya no estaba allí. Ese dinosaurio (aunque pequeñito) de «eso» entiende un rato, al fin y al cabo a diferencia de nosotros, él fue ferviente militante de un partido de extrema izquierda de ideología maoísta

⁴³ Sobre Tuñón de Lara hay ya una bibliografía importante que, obviamente, el señor González Cuevas no ha visto ni en fotografía. Para no abrumarle, le remito modestamente al artículo que me encargó el amigo Elías Díaz estando ambos aún conmovidos por su fallecimiento, A. Reig Tapia, «Manuel Tuñón de Lara (1915-1997): ética, política e historia», *Sistema* 137, Madrid, marzo de 1997, pp. 5-26, artículo en el que traté de sintetizar el espíritu y contenido del libro-homenaje, *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia...*, op. cit.; y, más recientemente, véase, J. L. de la Granja (ed.), *La España del siglo xx a debate. Homenaje a Manuel Tuñón de Lara (1915-2015)*, Tecnos, Madrid, 2017. Así la próxima vez no hablaré «a tontas y a locas», como se refería Jacinto Benavente a las mozas de la Sección Femenina de FET y de las JONS.

⁴⁴ F. Jiménez Losantos, «Violencias», *El Mundo*, 30 de marzo de 2001, p. 4.

como la Organización Comunista de España-Bandera Roja⁴⁵. Y quien tuvo, retuvo. Ya se sabe que los renegados y los conversos son siempre los más fanáticos. Bueno, pues al parecer gracias a ZP pudo resplandecer mejor «la torva faz de la historiografía militante», según dice el badulaque (presunto) de PCGC. Se soplan unos a otros sus propias mamarrachadas hasta acabar por creérselas produciendo el efecto de un espejismo en medio del desierto que los más crédulos toman por la más prístina realidad.

UN MASTÍN DE PACOTILLA

Pero aún hay más para apreciar el músculo moral de PCGC, aplicado discípulo de la supernova mediática Jiménez por lo que puede irse apreciando, y es calificar de *chien de garde* (para que se vea que sabe idiomas, y por eso nosotros le hemos dicho lo de *bon à rien* para que practique su «fransuá») nada menos que a nuestro mejor especialista de la República y la Guerra Civil que, como no puede entrarle por ningún lado de su obra historiográfica infinitamente superior a la suya en cuanto a la calidad y repercusión de la misma, lo que es evidente, pues porfía por denigrarle personalmente lo que evidentemente eleva a Viñas y le hunde más a él. Ángel Viñas es otra buena persona por lo que calificarle de «perro de presa» denota una grave patología moral como es obvio para cualquiera que lo conozca. Viñas es incapaz siquiera de imaginar las mezquindades que le atribuye este ser retorcido y resentido (¿presuntamente?) que se enfada porque cree que le mandan a él —nada menos— al psiquiatra. Tiene razón, pero en el pecado lleva la penitencia. Que no haga méritos y no nos confundiremos en el diagnóstico. ¿Por qué se da él por aludido? Nosotros lo mandaríamos llegado el caso más que al psiquiatra a la incubadora porque solo un sietemesino mental (presunto) puede decir lo que él dice de gente respetable apenas por considerarlos de izquierdas.

Arremete PCGC con tanta vehemencia como ignorancia contra el monográfico de la revista académica *Hispania Nova* de la Universidad Carlos III de Madrid que dirigió Ángel Viñas enteramente dedicado a desmontar la banal biografía de Franco que publica-

⁴⁵ I. Sánchez-Cuenca, *La desfachatez intelectual...*, op. cit., p. 82.

ron a bombo y platillo Stanley G. Payne y Jesús Palacios a la que ya nos hemos referido *in extenso*. Lo hace desde su más clamoroso vacío intelectual, frente a las 348 páginas de argumentos, datos y documentos aportados por una serie de especialistas (¡ahí le duele!, pues él es incapaz de tal). Pero ¿por qué se mete donde no le llaman? ¿De qué va, de neocruzado de Occidente? Se limita a decir, ya completamente alucinado: «En mis casi 30 años de labor investigadora, nunca había visto una labor tan torva [*sic*] y repugnante [*sic*] de acoso y derribo»⁴⁶. No dice nada más del contenido y análisis exhaustivos desplegados en el monográfico, claro. Qué va decir. Hace burdas descalificaciones sin demostrar nada. ¿Para qué molestarse? ¿Respeto al lector? ¿Eso, qué es?

El lector interesado puede constatar por sí mismo tan torvo y repugnante análisis de la mentada biografía de Franco acometida por quien incomprensiblemente ha sabido transmutarse de respetado hispanista en trivial padrino de *historietógrafos* y pseudohistoriadores, que es en lo que ha acabado por convertirse Stanley G. Payne, no digamos el pretendido historiador que lo acompaña, en tan banal empeño. Se trata de estudiosos acreditados y, sin embargo, tachados de retorcidos (¿siniestros?) y repulsivos corsarios por haber llamado a las cosas por su nombre. El monográfico es de libre acceso en la red. Juzgue el lector por sí mismo sin intermediarios⁴⁷.

Caramba. Vaya boquita se gasta PCGC. Eso es todo; no dice más. ¿30 años para caerse del guindo? Pues mire, estamos *casi* empatados. Nosotros tampoco nos habíamos apercebido en los 40 que llevamos de profesor universitario de su maldad insidiosa más propia de un... (nos autocontrolaremos) mastuerzo, que de un colega

⁴⁶ Hay que señalar que la revista *Hispania Nova* está incluida en el ERIH PLUS (European Reference Index for the Humanities and Social Sciences), y que este índice es el más importante y prestigioso de la Unión Europea en cuanto a la acreditación internacional de la calidad e impacto de las revistas científicas en materia de Humanidades y Ciencias Sociales. No parece probable que se incluyan en él revistas falsamente académicas dedicadas a publicar artículos torvos y repugnantes de acoso y derribo a académicos prestigiosos como los que este pollo escribe.

⁴⁷ Ya lo hemos citado en el anterior capítulo pero nunca viene de más facilitarle al lector la consulta rápida y puntual de las fuentes que citamos. Véase Á. Viñas (coord.), *Sin respeto por la historia...*, op. cit., disponible en [<http://e-revistas.uc3m.es/index.php/HISPNOV/issue/archive>]. Puede ver aquí mismo nuestro cap. III, «Inconsecuentes e insustanciales», pp. 185-258.

hasta hace unos años cuando empezó a bramar para hacerse notar. ¿No se lee usted? ¿Labor torva y repugnante? Qué deslumbrante semántica la de este escribidor «de raza» como se decía en los buenos viejos tiempos que al parecer tanto añora este personal. Se enfadan porque dicen que se les ningunea y no prestamos atención a sus relevantes trabajos, y cuando se les hace caso y nos tomamos la molestia de leerlos y estudiarlos con algo de detalle (al igual que hicimos con Moa) como es ahora el caso del Franco de Payne & Palacios a lo largo de una buena gavilla de páginas exclusivas, y se les replica con conocimiento de causa, a diferencia suya, nos acusan de desarrollar una labor «torva y repugnante». ¿Por qué? Pues porque los dejas con las vergüenzas al aire. Vaya tropa. ¿Acaso solo se puede decir de ellos que son guapísimos siendo más feos que Picio y Quasimodo juntos para que no se enfaden y se pongan a insultarnos? Contemplan la faz de este individuo (lo hemos hecho por curiosidad malsana y casi nos da un patatús) y no me digan que no estarán de acuerdo con Cesare Pavese cuando decía que a partir de los 40 años todo hombre es responsable hasta de su propia cara. Y es verdad, no es que seamos lo que parecemos, es que parecemos lo que somos. En este caso un abanto de campeonato.

Rápidamente pasamos a pensar de este hombre que era otro insultador borde y malencarado cualquiera solo que mejor informado que algunos que lo han precedido en tan vulgar tarea pero no, vemos que de dormir en el mismo colchón de la mediocridad, la frustración, la envidia, el resentimiento, la impotencia intelectual y la obsesión antiizquierdista (nada presuntas visto lo que antecede), acaban todos por hacerse de la misma condición: tontos (presuntamente). Y ya sabemos que, a partir de Adán, los tontos están en mayoría. Pío Moa, José María Marco, Federico Jiménez y otros impresentables parecidos eran algo menos bordes insultando (bueno, Jiménez en esto es todo un campeón)⁴⁸. O sea que nos

⁴⁸ Basta escucharle a Federico Jiménez cualquiera de las requisitorias que lanza a diario desde su emisora para que se nos hiele la sangre al comprobar en vivo y en directo su catadura moral. ¿Estará en sus cabales? Qué extraordinaria capacidad para expeler bilis incontinentemente en uso al parecer de su libertad de expresión (excreción). El derecho al honor de los demás no merece al parecer similar protección. El lector que quiera enterarse de los métodos periodísticos, políticos e historiográficos de este enfurecido mastín puede leer en nuestro *Anti Moa* dentro del cap. 6, «La jaula de los grillos», las páginas dedicadas a glosar sus tres facetas más destacables: 1. La super-

equivocamos de plano al pensar que estaba bien informado. Pues sí, amigo, 30 años tirados por la ventana. Mucho ánimo, con otros 30 más seguro que llega usted a monaguillo pero a cura (no digamos a obispo), ni de coña. Escribe mal e insulta peor, recurso dialéctico para el cual hay que tener cierta solvencia técnica y al menos hacerlo con cierta gracia. Documentétese un poco al menos para *sus* previsibles futuros ataques personales⁴⁹.

Por si se anima, lo que no sería descartable de inicio, le recomendamos que tenga en cuenta al menos las consideraciones que sobre el insulto hace este experto en la materia:

Debemos distinguir en él tres grados. La insolencia, mediante la cual perdemos a alguien el respeto, siendo acto que puede llevarse a cabo de palabra, de obra, e incluso por omisión, mediante un gesto, una mirada, un silencio, con lo que exteriorizamos desdén y desprecio. El impropio, que es injuria de palabra, sinrazón que se le hace a alguno sin justicia ni causa, mediante dicerios y achaques en los que echamos a alguien en cara lo que él quería mantener en secreto, o cuya divulgación buscaba impedir. Y la injuria, ultraje verbal o de obra, mediante maltrato o desprecio. El insulto inmerecido, cuando no hay razón para el impropio, es ofensa. Cuando el insulto hace honor a la realidad del insultado, más que ofensa es falta grave a la caridad con que debemos acoger a las personas. Por lo general, el *animus insultandi*, o voluntad maldiciente aflora en el temperamento hispano en ambiente y caso jocosos, para hacer gracia de alguien a fin de reírse todos de él; es una de las formas más fértiles de mostrar el ingenio quien lo tuviere, y de enseñar su mala índole o mala baba quien es radicalmente malo y cruel⁵⁰.

nova mediática, 2. Un liberal de tronío y 3. El especialista. En A. Reig Tapia, *Anti Moa...*, op. cit., pp. 313-345.

⁴⁹ Le recomendamos, para ir entrando en materia, el estupendo libro de P. Celdrán Gomáriz, *Inventario general de insultos*, Ediciones del Prado, Madrid, 1995. Ahí encontrara en sus más de mil páginas un exhaustivo repertorio de injurias, impropios, insolencias y demás expresiones ofensivas de nuestra bella lengua, que le permitirán a usted enriquecer algo su vulgar prosa y corroborar de paso en su persona un dicho tan antiguo como *La Biblia* misma: «El número de tontos es infinito» (*Ecle.* 1,15) O sea «Cada día que amanece el número de bobos crece». Palabra de Dios.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 5.

En tal caso, como sabiamente nos ilustra don Pancraccio, dado el auge e incremento desmedidos que en nuestro tiempo están tomando la imbecilidad torpe y la malicia malsana, antes de empezar a disparar hay que hacer esta invocación: «Señor, haz que el rastro de luz que deja la maldad sobre el espíritu de los inocentes, deslumbrándolos durante un instante, sea fugaz como el del cometa que brilla un momento en la noche y ya no regresa jamás. Amén»⁵¹.

No contento con calumniar a un historiador de referencia para muchos españoles, un caballero ya desaparecido que aún vivo no se defendería de esas vilezas y que desgraciadamente ya no puede intervenir en la construcción siempre colectiva de una ciencia histórica común, PCGC ha decidido hacerlo con la siguiente generación que considera tan negativa como la precedente de la que sus menospreciados Manuel Tuñón de Lara y Josep Fontana... (este bastante más joven y perteneciente a otra generación, lo que da idea de su ignorancia), serían dos de sus más significativos representantes. Es tan dolorosa la soledad de este frustrado (presunto) historiador, que ha decidido cargar contra la siguiente camada de historiadores. Ha elegido como víctima propiciatoria esta vez a uno de los más brillantes de ellos como Ángel Viñas cuyos libros, a diferencia de los de PCGC, se convierten automáticamente en obras de referencia nada más publicarlos y, ni corto ni perezoso, pugna febrilmente por meterse en su instructivo y magnífico *blog* que este mantiene a modo de parada obligatoria para cualquiera interesado en la historia contemporánea, pero no para establecer diálogo ni debate académico alguno, sino para insultarlo y ver si así consigue su minuto de gloria: que le lea algún despistado ajeno a su propia banda. Qué peligro, si consiguiera colarse sería más letal que un troyano. Ni que decir tiene que sus darditos resultan por completo inocuos por más que sean los propios de un auténtico descerebrado pues, ¿de qué otra forma podría definirse su calificación de Ángel Viñas como «paleohistoriador y soez adalid de la memoria histórica de las izquierdas»?⁵². Considere el lector de estómago sensible si lo que dice este filibustero no le provoca inevitables arcadas a no ser que pertenezca de hoz y coz a los admiradores masoquistas de este singular boquirroto:

⁵¹ *Ibid.*, p. 7.

⁵² P. Carlos González Cuevas, «De historia y “memoria”»..., op. cit., p. 36.

No diré que me asombra su cinismo [*sic*], señor Viñas, porque hace tiempo, como bien sabe, que sigo sus escritos [pues no se le nota nada], y de usted puede esperarse cualquier cosa, por supuesto, en sentido negativo [a PCGC le pasa lo que al exentrenador del Barça, Louis van Gaal, reprochaba a los periodistas criticones: «Siempre *negatifo*, nunca *positifo*»]. Acusa a ciertos descerebrados de extrema derecha de practicar el argumento *ad hominem*, pero usted no ha hecho en su vida otra cosa [*sic*]; y, además, de la forma más insidiosa y abyecta [*sic*], con unas pretensiones de cientificidad que, al leer sus libros, tan solo mueven a la hilaridad [*sic*] o, si se es cristiano, a la misericordia [*sic*]. En las páginas 52, 53, 54 de su demencial [*sic*] libro «La otra cara del Caudillo», usted hace referencia, sin dar nombres [mentiroso, cita a Ricardo de la Cierva, Luis Suárez y Luis Togores, con lo que queda patente que es un perfecto cínico, además, ¿por qué se da entonces por aludido?, ¿los considera de su misma cuerda? ¿Exige usted que se le incorpore a semejante escuela?], lo que ya demuestra por lo menos una cierta cobardía intelectual [*sic*], a «un grupito de historiadores académicos» –ya la forma despectiva resulta asaz significativa–, que, según usted, son –somos– [¡pero por qué se autoincluye!, ¿ajos come?, ¿no entiende que no merece ni ser citado?] los sucesores de Ricardo de la Cierva y Luis Suárez. En Palabras como puños, ese libro que tanto les ha molestado a algunos [¿a quiénes si puede saberse?], colaboró un tal [¿esto no es despreciativo?] Eduardo González Calleja, al que usted tanto defiende. Ese señor celebraba hace unos años mis libros, en algunas reseñas, y ahora no los cita [...]

Este último quejumbroso comentario requiere imperativamente un pequeño *excursus* sin más fin que tratar de aliviar de inmediato las penas que tanto lo acongojan. Me ha venido a la memoria «como del rayo» esta célebre *Sonatina* de Rubén Darío, así que se la ofrezco por si pudiera ser el adecuado bálsamo para su alma en pena.

La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
está mudo el teclado de su clave sonoro,
y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales.
Parlanchina, la dueña dice cosas banales,
y vestido de rojo piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa, acaso, en el príncipe de Golconda o de China,
o en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz?
¿O en el rey de las islas de las rosas fragantes,
o en el que es soberano de los claros diamantes,
o en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay!, la pobre princesa de la boca de rosa
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar;
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de mayo
o perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueda de plata,
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azur.
Y están tristes las flores por la flor de la corte,
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio real;
el palacio soberbio que vigilan los guardas,
que custodian cien negros con sus cien alabardas,
un lebel que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh, quién fuera hipsípila que dejó la crisálida!
(La princesa está triste. La princesa está pálida.)
¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!
¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe,

(La princesa está pálida. La princesa está triste.)
más brillante que el alba, más hermoso que abril!

«Calla, calla, princesa –dice el hada madrina–;
en caballo, con alas, hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con un beso de amor»⁵³.

Tras este breve inciso para tomar un poco de aire ante los tirones hipidos de la pobre princesa, que de seguro sería feliz si alguien la hiciera aunque solo fuera un poco de caso (anda Eduardo, no seas malo y hazle unas reseñitas al muchacho, que si no le va a dar algo), prosigamos glosando su fétida pieza...

[...] porque tiene que congraciarse con usted [¿acaso estaban peleados?]. Hay otro historiador, no daré el nombre [ni falta que hace], al que usted celebra mucho, lo cual demuestra su ignorancia, que ha colaborado en revistas de extrema derecha. En fin... Pero no es eso lo que me interesa [pues no lo parece] porque, al fin y al cabo, cada cual piensa lo que le da la gana [como usted, que dice que «piensa» pero en realidad lo que hace es hartarse de «pienso»]. Y es que no solo nos acusa de derechistas, sino que nos analiza en términos psiquiátricos. Y esto es incalificable. Nunca, en el mundo académico, había llegado nadie [¿no lee usted a sus clásicos? Su admirado Don Cierva era todo un campeón, llamaba «menopáusico», «payaso» y «pobre hombre» a Southworth entre otras lindezas a las que jamás respondió el gran hispanista norteamericano] a tal grado de vileza [*sic*]. ¿Qué pasa, que quien no piensa como usted está loco, necesita ayuda psiquiátrica? [no, claro, no sea tan tiquismiquis pero a lo mejor es que necesita leer y estudiar algo más para poder debatir con provecho] ¿Cómo dialogar [¿pero sabe usted conjugar ese verbo?] con una persona que nos considera poco menos que deficientes mentales? [por sus obras los conoceréis, dijo el Señor]. Es imposible. Usted se cree

⁵³ En R. Darío, *Prosas profanas y otros poemas*, ed. de I. M. Zulueta, Madrid, Castalia, 132, 1992.

muy listo; pero hace trampas. Cree que así bloquea las críticas a sus posiciones y prejuicios. Decir, como usted hace, que sigue un método inductivo en sus investigaciones es de risa [*sic*]. Usted deduce las conclusiones de sus prejuicios políticos. Haga lo que quiera. Pero su influencia en los jóvenes historiadores será nefasta [la suya, sin embargo, será de aurora boreal]. Ocurrirá como con Tuñón de Lara, a quien todo su edificio intelectual se le derrumbó y dejó a sus discípulos y seguidores en la más absoluta indigencia intelectual. Todo un «éxito». [Jajajá... ¡vaya perspicacia!, a mí al menos no me ha caído encima ningún cascote todavía y aún soy capaz intelectualmente de distinguir entre un tonto *amateur* y todo un profesional a distancia, lo que me hace escapar de la indigencia, así que aún tengo esperanzas de salvación]⁵⁴.

¿Cómo calificar este vulgar desahogo y penosa manifestación de impotencia intelectual? PCGC es un tramposo, un mentiroso y un cínico nada presuntos. Qué capacidad insultadora y distorsionadora más cutre. No me digan que no es para calentarse. «¡Voto a Dios que me espanta esta miseria / y que diera un doblón por describilla! / Porque ¿a quién no sorprende y maravilla / esta máquina de insultar, tanta bajeza?» ¿Todo lo que tiene que decir del libro de Viñas, libro que hace verdadero honor a su título, es que es «demencial»? Punto. Ni la menor alusión a esa «otra cara» del caudillo que Viñas documenta con su rigor habitual⁵⁵. No interesan para nada las novedosas aportaciones de Viñas, claro. Qué deslumbrante nivel analítico. Qué depurada hermenéutica. Menciona PCGC un libro que dice habría molestado a no sabemos quiénes sin venir a cuento y sin la menor relación con su particular diatriba *apenas para poder decir*

⁵⁴ Texto de González Cuevas (entre corchetes mis comentarios) remitido al blog del profesor Ángel Viñas a finales de octubre de 2015 y que este nos remitió a los que colaborábamos en ese momento con él en el monográfico de *Hispania Nova* sobre la biografía de Franco de Payne y Palacios, asombrado y sorprendido de la furia y el odio desplegados por ese «caballero» contra su persona para que nos fuéramos preparando sobre lo que se nos venía encima, y diciendo que él, en cualquier caso, no le contestaría jamás. Todos opinamos que para semejantes patologías la mejor medicina era el silencio, pero como de sabios es cambiar de opinión yo he decidido por mi cuenta y riesgo y sin encomendarme a Dios ni al Diabolo cambiarle el tratamiento. A ver si este *electros-boké* a la antigua usanza que le dedico a título particular le espabila un poco a la vista de la poca eficacia terapéutica del silencio...

⁵⁵ Á. Viñas, *La otra cara del caudillo...*, op. cit.

que en él colabora Eduardo González Calleja quien en otro tiempo se ocupaba de sus libros⁵⁶. Eso sí que denota una personalidad retorcida, una autoestima maltratada y un ego muy mal administrado.

A lo que tiene que recurrir el pobre para meter su nombre (por omisión) aunque sea con calzador. Lo que sí sabemos es que todos los libros de Viñas sí molestan y les dejan a los *historietógrafos* a los pies de los caballos y, lógicamente, los trastorna y transporta hasta la mismísima demencia. Se nos pone bravo el muchacho porque le mandan a la loquería, se pica y completamente ensoberbecido se incluye sin que nadie se haya acordado de él entre ciertos historiadores *soi disant* «académicos», salvo que también haya que incluir en este capítulo a los malos académicos como De la Cierva o Suárez y ahora ya «definitivamente» al señor Payne. Insistimos, cuando creíamos que se habían alcanzado ya las más altas cotas de la miseria humana como el mentado Ricardo de la Cierva (excluimos a Luis Suárez pues al menos no insulta cuando se critica su obra), los citados Pío Moa Rodríguez, José María Marco, Federico Jiménez Losantos y *tutti quanti*..., aparece un González cualquiera desde cuevas aún más profundas y sombrías que las precedentes regurgitando y nos desmiente de modo terminante. En verdad, en verdad os digo que «*l'enfer, c'est les autres*». Por cierto, *Comment ça va ton* «fransuá», *Pierre Charles?*

Que si cinismos, insidias, abyecciones por aquí o hilaridades, demencias, cobardías y vilezas varias por allá. Porfía por demostrar este incontinente lenguaraz en el escaso espacio de una página que se dice pronto que a insultar toscamente y hacer el ridículo no le gana nadie, pues ¡adelante! siga por tan sombrío camino. Pobre. Es un auténtico aprendiz. Hágame caso, lea a don Pancracio y mejore su capacidad insultadora que es tosca y reiterativa. Se enfada porque el profesor González Calleja (degradado ya de «señor» a «un tal») no le presta atención y que antes hacía alguna mención a sus libros y, como ya no las hace, deduce que ello se debe a que quiere congraciarse con Ángel Viñas (¿?) quien, cabe inferir, no tiene otra cosa que hacer que dar órdenes o distribuir amenazas como si la comunidad de historiadores fuera una cárcel mental como en la que él habita y Viñas, el carcelero.

⁵⁶ Para información del lector, se refiere al de F. del Rey (dir.), *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Tecnos, Madrid, 2011.

Será lerdo (presuntamente). ¿El profesor Viñas actuando como un general con mando en plaza enviando circulares de ordeno y mando o prodigando llamadas telefónicas a la tropa para que se ignore a esa lumbrera...? ¿Por qué habría de hacer tal con la cantidad de cosas más interesantes que Viñas no para de acometer? ¿Tan importante se cree nuestro presunto historiador como para que nos importe algo más que un bledo lo que pueda decir este «caballero»? Qué chistoso. Vaya ego, vaya jeta, vaya morro, qué pretensiones. ¿Y estas cosas no las curan los psiquiatras?

Si González Calleja hubiera recibido la consigna de ningunear a alguien tan importante como él, cabe deducir con la misma lógica que nosotros, a la vista de estas páginas, hemos debido de recibir igualmente una orden ejecutiva similar no de ninguneo, sino en sentido contrario del tenor: «Dale caña, Alberto, a este pollo hasta que cante el célebre adiós a la vida». La verdad es que se lo ha ganado a pulso. Si en nuestro caso no es verdad y hemos actuado como «un verso suelto» que diría nuestra entrañable e inefable Esperanza Aguirre, ¿por qué iba a ser distinto en el de Eduardo González Calleja? Por si no conoce el famoso *E lucevan le stelle* del *Tosca* de Puccini cantado por Lucciano Pavarotti, le adjuntamos el texto aquí, aunque mejor que practique escuchando a Plácido Domingo que sería más patriótico.

*L'ora è fuggita,
e muoio disperato,
e muoio disperato!
E non ho amato mai tanto la vita...!
Tanto la vita...!*

A lo mejor pasa algo tan sencillo como que a González Calleja sus libros han pasado a parecerle un peñazo de tomo y lomo y considera que no merece la pena hacerse eco de ellos. La experiencia es la madre de la ciencia. Por lo que a mí respecta, esté tranquilo en relación con estas festivas e inclementes páginas. Son cosas mías que emprendo por propia iniciativa pues me va la marcha y nos activan sus propios regüeldos sin que para hacerlo tengamos que recibir la menor indicación de nadie ni consulta previa, pues ya sabemos de antemano qué nos dirían los aludidos. Que no merece la pena. Nos rogarían que no entráramos al trapo como en su día

nos recomendaron a propósito de Ricardo de la Cierva o Pío Moa otros colegas y amigos, por eso se enterarán esta vez González Calleja, Viñas o Preston de estos comentarios cuando ya no tengan remedio pues estarán publicados, así no nos veremos en la para nosotros incómoda situación de no hacer caso a colegas tan sabios en uso de nuestro libre albedrío y el derecho a equivocarnos solitos. Está claro que PCGC y adláteres solo saben rebuznar (presuntamente). ¿Tendrán hambre? A ver si va a ser eso. Habría que servirles pienso a discreción (en cantidades industriales queremos decir) hasta que quedaran hartos.

Nosotros no insultamos como él pese a lo que pudiera pensar el lector poco informado o los que leen en diagonal y no se enteran, claro. A ver, atiendan los despistados y apresurados: estas páginas son tan contundentes como festivas, pero sobre todo justas de acuerdo con la más elemental de las justicias, *ius quousque tribuendi*. Aprendamos a distinguir. ¿Acaso no garantiza la Constitución la libertad de expresión al igual que el irrenunciable derecho a la legítima defensa? Nosotros, simplemente replicamos; yo me considero personalmente agredido, insultado y ofendido con textos como los aquí citados y glosados que produce este caballero en sus momentos más febriles; nosotros calificamos rigurosamente, a la vista de lo visto y siempre *a posteriori*, nunca antes, y si le vacilamos un poco o un mucho a don Pepito, es simplemente para no ser todo lo brutal que en verdad se merece y que se ha ganado a pulso, y para no incurrir en una falta de humanidad si pudiera evitarse, *quod erat demonstrandum*. Y si hemos colocado algún adjetivo de más o fuera de sitio, lo que no es improbable, que nos corrija algún gramático de la lengua. Lo que no hacemos habitualmente es dar la callada por respuesta o poner la otra mejilla (no somos masoquistas) y hacer como que la cosa no va con nosotros cuando ofenden gravemente no ya a nuestros amigos, sino a nuestros maestros y colegas que tienen bien acreditada su solvencia como historiadores y, además, son buenas personas. Es de bien nacidos ser agradecidos y de canallas mentir y calumniar por sistema. Bien sabemos que lo que no soportan y más les trastorna a este género de individuos como PCGC es la indiferencia, y que como en la popular canción de Dyango suplican:

Ódiame, por piedad yo te lo pido,
ódiame sin medida ni clemencia,

odio quiero más que indiferencia,
porque el rencor hiere menos que el olvido.

A lo mejor no está este hombre de psiquiatra, si se considera el masoquismo una legítima opción sexual aunque de esas cosas no entendemos y nosotros somos más bien proclives al hedonismo, pero que este hombre está pidiendo a gritos un buen rejonazo está más claro que el agua clara aunque va tan sobrado que se debe de creer el mismísimo Orson Welles con Ava Gardner colgada de su brazo en el tendido del 9 de Las Ventas, cuando en realidad apenas podría participar en la «fiesta nacional» en el paseíllo final bien provisto de cencerros pues si no, pasaría completamente desapercibido. No sea tan suficiente, hombre. Por más que se empeñe ni siquiera genera odio o rencor insuperables. Tampoco la más mínima empatía por descontento, indiferencia sí, toneladas de indiferencia, pues sus vómitos y deyecciones son como querer tumbar elefantes con una pistolita de agua. A nosotros, según está el tiempo, este personal nos produce lástima o risa. Como Tuñón de Lara era un caballero y Ángel Viñas también, nunca en su vida entraron o entrarán al trapo en este género de exabruptos que definen perfectamente a quienes los escupen.

Como hay que predicar con el ejemplo y le hemos recomendado a este «caballero» insultar con algo más de chispa y salero, ahí va nuestra modesta aportación, aunque no nos mande Violante hacer soneto alguno. Así que no pudiendo, obviamente, emular al príncipe de los ingenios don Félix Lope de Vega y Carpio, nos limitamos a dedicarle el «Cómo insultar a monsieur de Sans-Foy» de Fray Josepho:

Insultar a Sanfuá con un soneto
será agradable, artístico y barato.
Para empezar, digámosle *pazguato*,
cerrando suavemente este cuarteto.
Sigamos con *simplón* y *analfabeto*.
Después, sumemos *lerdo* y *gurripato*.
En el séptimo verso, *mentecato*.
Y todo con muchísimo respeto.
Entrando en los tercetos, sin despiste,
llamémosle *tolondro* y *pichatriste*.

Y luego, *emperador de los estultos*.
El verso doce llega. Ya se acaba.
Metamos en el trece *tonto el haba*.
Y adiós a mi soneto con insultos.
(De *bonus* para adultos,
a guisa de remate y estrambote,
pongamos otro más: *caracipote*).

Como diría el mejor Felipe González: «Sin acritú».

UN TIERNÍSIMO CHIHUAHUA

Cuando le baja la adrenalina y se calma un poco nuestro mastín de pacotilla, se transforma en tiernísimo chihuahua y en vez de insultar a la izquierda académica se nos pone a escribir sus larguísimos y farragosos artículos, fundamentalmente dedicados a intelectuales, pensadores o figuras relevantes de las derechas españolas, que son las fetén y es la cuestión a la que se ha venido dedicando a lo largo de su trayectoria académica. Gracias a ellos tenemos ocasión de tomar nota de la cantidad de enjundiosos ensayos que no para de producir pues ya se ocupa él de citarlos todos. Hay que decir que los autores que no paran de citarse resultan cargantes y pecan de autosuficientes, si bien es natural que cualquier profesor que no se limite a dar sus clases a distancia, en diferido o en plasma, dedique algún tiempo a la lectura y a la investigación como es su obligación, cite sus propias obras –nosotros mismos sin ir más lejos–, para orientar al lector sobre cuestiones desarrolladas con mayor amplitud en otro lugar, que el lector no tiene por qué conocer y que en ese momento apenas referenciamos para su información sin la menor autocomplacencia, solo para que sepa que en ellas abundamos y profundizamos más y mejor sobre lo que en ese momento estamos diciendo. Así ahorramos papel, siempre limitado por los editores, no nos repetimos inútilmente, y no inducimos a quien nos honra leyéndonos a pensar que hacemos afirmaciones a la ligera sobre las que no hemos reflexionado previamente, lo que puede hacerles creer que hablamos a tontas y a locas como los mismos autores a los que criticamos. Una cosa es eso, la cita concreta sobre un asunto concreto de nuestra competencia sobre el cual algo tene-

mos investigado y publicado, y otra muy distinta citarnos constantemente sin venir a cuento sobre cuestiones mucho más generales sobre las que somos completamente legos, no hemos dicho una palabra y hay multitud de especialistas mejor informados que nosotros para decirlas. Así que si nos referimos en nuestros escritos a algunos de sus campos, es obligado citarlos y remitirnos a ellos porque si no lo hiciéramos, incurriríamos en una ignorancia dolosa. PCGC hace el ridículo, autocitándose tanto de manera forzada e injustificada obsesionado por hacer patente su incontrolado afán de reconocimiento, con lo que no hace sino provocar lástima.

Nuestro aspirante a magno historiador desconoce tan elemental consideración y sin justificación alguna ni la menor apoyatura abusa desconsideradamente de la autocita en todos y cada uno de sus escritos. Por poner un ejemplo, en la última de sus piezas publicadas en el momento de escribir estas líneas, para «enmarcar» o «contextualizar» el tema que se dispone a abordar nada más arrancarse en su escrito menciona que el «régimen político [nunca dirá la dictadura franquista] cuyo principal fundamento seguía siendo el catolicismo tradicional, buscaba nuevas bases de legitimación en la modernización social y económica»⁵⁷. Y para apoyar tan breve y elemental aserto que no necesita fundamentarse con la menor muestra de erudición ni cita a pie de página, nos incluye sin embargo una singular referencia. ¿De algún politólogo, sociólogo o economista significado especializado en la legitimación del franquismo y la modernización social y económica que transformó España a partir de la década de los sesenta? No. Nos cita *su* estudio sobre... GFM que, sin el menor género de dudas, es la obra de referencia obligada para quienes se interesen por profundizar en la acelerada modernización política, económica, social, histórica y cultural de España⁵⁸. Menos mal que existe PCGC y puede iluminarnos con su obra ciclópea en todos los campos del conocimiento; si no, qué sería de nosotros. Voy a darles la referencia de González Cuevas a mis alumnos de Ciencia Política para el tema dedicado al «Cambio Político: Modernización, transición y revolución», pues es evidente

⁵⁷ P. C. González Cuevas, «Derechas y fascismo en la obra de Stanley G. Payne», *Razón Española* 198, julio-agosto de 2016, pp. 27-60.

⁵⁸ P. C. González Cuevas, *La razón conservadora. Gonzalo Fernández de la Mora...*, op. cit.

que la vida y obra de don Gonzalo, que negaba la condición de dictador a Franco, que se cebó en los errores de la transición, es imprescindible para un cabal conocimiento de la España que empezó a transformarse a partir de la década de los sesenta, y no la literatura científica generada al respecto por una nube de especialistas.

A continuación pasa a referirse a la historiografía de esa época y, para ir abriendo boca, le da de nuevo otro puyazo a Tuñón de Lara sin venir a cuento (como siempre) calificándolo de historiador «marxista», «ortodoxo y escasamente innovador» y califica entre sus «libros de divulgación» su *Historia y realidad del poder*, una investigación novedosa que, como ya hemos apuntado más arriba, causó un gran impacto en los medios académicos españoles y alcanzó varias ediciones, un estudio riguroso sobre el poder y las elites en España en el primer tercio del siglo xx, y sobre la que Tuñón siguió insistiendo ampliando y profundizando en su estudio de «divulgación», incluido en la Historia General de España iniciada por Menéndez Pidal y concluida por su admirado José María Jover (y por nosotros, por supuesto), quien no le pidió su colaboración en obra tan monumental por simple azar pues conocía muy bien a quien se la pedía. Qué cosas, ¿no?, Pedrito.

¿Todas las opiniones son igualmente válidas y respetables? ¿Cuál de ellas estará mejor fundamentada? ¿La de un respetadísimo historiador desde los más plurales ámbitos o la de este emborrona cuartillas que solo se representa a sí mismo? No es este el lugar para abrumarle con opiniones sobre la obra de Tuñón de Lara sobre la que ya disponemos de numerosos estudios y a las que ya nos hemos remitido⁵⁹. Además, PCGC trata siempre de estable-

⁵⁹ En el libro-homenaje consagrado al Tuñón de Lara que ya hemos citado puede encontrar, aparte de una amplia y detallada biografía escrita por los coordinadores de la edición numerosos artículos de importantes especialistas, intelectuales y escritores como F. Tomás y Valiente, J. Aróstegui, M. Pérez Ledesma, P. Aubert, J.-M. Desvois, J. Corcuera Atienza, S. Juliá, A.-M. Bernal, G. Cardona, C. J. Cela, E. Díaz, Á. Viñas, J. Pérez, M. Ramírez, J. L. García Delgado, Á. Bahamonde Magro y F. Marañá (Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993, 533 pp.). Como ve un completo plantel de papanatas e indocumentados colaboradores en tan singular libro-homenaje que fue objeto de críticas muy elogiosas y tuvo una gran acogida en el mundo académico. Ya está entregado a la editorial en el momento de corregir las pruebas de imprenta de este ensayo el último estudio sobre historiografía dedicado a su figura del que tenemos noticia. Véase, J. L. de la Granja (ed.), *La España del siglo xx a debate...*, op. cit.

cer «bandos historiográficos» para seguir alimentando el inexistente enfrentamiento entre unos y otros: Tuñón de Lara, Josep Fontana, Herbert R. Southworth, Paul Preston o Ángel Viñas, por un lado, y Raymond Carr, Carlos Seco Serrano, José Manuel Cuenca Toribio, Javier Tusell o Juan Pablo Fusi, por el otro. Actúa pues, plenamente inserto en el «guerracivilismo» español, que es de suponer repudie como los autores citados salvo que a él le estimule alimentarlo. Tarea ciertamente inútil. Aquí no hay más diferenciación que establecer que la ya existente entre historiadores e *historietógrafos*, entre maestros y pseudohistoriadores (con permiso de Jorge Martínez Reverte), entre élites culturales y mercenarios de la cultura, entre cultura y subcultura de masas, entre quienes hacen bien su trabajo y son rigurosos profesionales honestos y quienes son unos oportunistas, arribistas o simples chapuceros, como suele ocurrir y de hecho ocurre con frecuencia.

Al parecer, según esta luminaria, Tuñón de Lara «encarnaba como nadie la visión del pasado que sostenían como propio quienes se oponían al régimen», citando un artículo de José Álvarez Junco y Gregorio de la Fuente que puede inducir a un error de apreciación al lector no especializado pues bien pudiera interpretarse que Tuñón hizo una historiografía añeja a juicio del citador y los citados. Lo de este hombre con Tuñón de Lara, muerto hace ya 20 años, entra de lleno en el cuadro de las obsesiones compulsivas que, normalmente, necesitan tratamiento psiquiátrico, consideración que cuando se le hace salta como impulsado por un resorte, lo que nos confirma plenamente que cuando el río suena, agua lleva. Evidentemente a nadie le gusta que le llamen loco, pero no es este el caso si PCGC poseyera una cultura media que incluyera algo más que una información exclusiva y meramente libresca del pensamiento de las derechas. Todos tenemos nuestras obsesiones y fijaciones y no por eso estamos mal de la chaveta, pero precisamente por eso tratamos de no hacerlas tan groseramente explícitas para que no nos tomen los demás equivocada la filiación. Y así nos pasa que nos llaman «tuñonianos» o «hijos de Tuñón» con ánimo ofensivo a algunos que en nuestro rico y variado proceso de formación tuvimos la suerte (no el infortunio) de frecuentar a Tuñón, y como él fue previamente descalificado por «marxista, comunista y estalinista...», pues ¡hala!, todos sus próximos (que éramos legión) rojos perdidos come niños. Qué nivel intelectual.

A continuación, como en él es lo habitual, se abandona a una prolija relación de autores y libros haciendo patente una vez más que estamos ante uno de los más grandes «eruditos a la violeta» del país (no se envanezca, hay autores –irrelevantes eso sí– cuyas notas ocupan más espacio que sus textos). A los de su agrado les adjudica sus bendiciones calificándolos de liberales, renovadores, innovadores, influyentes... casualmente a los que han sido más decisivos y nos han ofrecido estudios e investigaciones devenidas fundamentales e imprescindibles para desmontar toda la parafernalia franquista, les adjudica el puyazo correspondiente al igual que a Tuñón, como «el procomunista Herbert R. Southworth» (p. 30), que rápidamente pasa a ser «arriscado procomunista» (p. 38) o descalificar la magna obra de José Luis Abellán sobre el pensamiento español⁶⁰ refiriéndose a su «perspectiva sectaria» (p. 31). De nuevo vuelve a la carga y nos deslumbra con afirmaciones de este tenor: «la escuela marxista de Tuñón de Lara consiguió, incluso a nivel académico, una clara hegemonía, si bien por poco tiempo dada su mediocridad y sectarismo intelectuales» (p. 31). ¿Habla acaso de sí mismo por interposición? ¿Será D. Stanley el ansiado príncipe azul de esta escuela de inconstantes, inconsecuentes, impotentes, prepotentes, exquisitos equidistantes y enterados pseudohistoriadores quien venga a rescatar a la triste princesa de su jaula de oro donde compone sus excitantes textos? ¿Acaso la princesa agradecida trata de hacer méritos para convertirse en el vocero de don Stanley?

Yo invito desde estas páginas a quienes tomen esa estupidez de la escuela marxista de Tuñón por palabra de ley (la significación meliorativa que le da José María Jover a la palabra «escuela» nada tiene que ver con la peyorativa de que se sirve PCGC), a que sean

⁶⁰ J. L. Abellán, *Historia crítica del pensamiento español*, 7 vols., 1. *Metodología e introducción histórica*, 2. *La Edad de Oro*, 3. *Del Barroco a la Ilustración: (siglos XVII y XVIII)*, 4. *Liberalismo y Romanticismo (1808-1874)*, 5. *La crisis contemporánea. 1, (1875-1936), La crisis contemporánea. 2, Fin de siglo, Modernismo, Generación del 98 (1898-1913)*, 3. *De la Gran Guerra a la Guerra Civil española (1914-1939)*, Espasa Calpe, Madrid, 1979-1992. Este «sectario» sabiondo de PCGC demuestra una vez más que ni leer adecuadamente los títulos de las obras que estudia sabe, ni se lee los prólogos e introducciones de las mismas para calibrar al menos con conocimiento de causa los propósitos del autor. La obra del profesor Abellán dedicada al pensamiento, a la filosofía, a la historia, a la cultura española es tan inmensa como admirable y este indocumentado escribidor nos la liquida con un juicio tan terminante como estúpido.

intelectualmente honestos, a que simplemente repasen todos los libros publicados sobre los coloquios de Pau que dirigió Tuñón en el exilio, y los de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP) y la UCM ya incorporado a la Universidad española hasta su muerte, y se entretengan un poco en repasar el inmenso listado de colaboradores que encontrarán en esa riada de libros para calibrar con precisión y rigor intelectual el número de «mediocres» y «sectarios» por metro cuadrado que a partir de Tuñón, en su nombre y reivindicando su metodología y atribuida filiación ideológica y política, poblaron y pueblan las cátedras españolas de Historia Contemporánea o afines. Con este sencillo ejemplo, el lector y el curioso podrán tomar plena conciencia del sectarismo y mediocridad real de este pretendido historiador cuya única obsesión es mentir y manipular a sus lectores para llevarlos al molino particular de sus obsesiones paranoicas. ¿Qué credibilidad pueden ofrecernos sus escritos? Hagan como Santo Tomás Apóstol, metan los dedos en las llagas; confirmen por sí mismos con documentación en la mano la mercancía averiada que trata de venderles PCGC y saquen sus propias conclusiones si no son los tontos y secuaces habituales que marchan prestos detrás de quienes les tocan mejor la flauta según su particularísimo gusto.

Al estudio sobre la CEDA aún no superado de José Ramón Montero Gibert, politólogo que no «sociólogo» como dice este sabiondo lo califica de «voluminoso y desigual» (p. 33), quizá porque entra en su terreno pese a que los historiadores no se han ocupado de estudiar con fundamento –nos dice nuestro gran erudito– a las derechas españolas hasta que al parecer llegó él. Pues bien, el estudio de Montero es de 1977 y los primeros estudios académicos sobre Acción Española de Raúl Morodo se remontan a 1970, los de Julio Aróstegui sobre el carlismo a 1975, los de Manuel Pastor Martínez sobre el fascismo a 1975 y los de Ricardo Chueca a 1978, los de José Manuel Cuenca Toribio sobre el catolicismo español, sus jerarquías, la Iglesia y sus relaciones con el Estado se remontan a los primeros años de la década de los sesenta... (ay, perdón, perdón, que PCGC solo se refería a los académicos izquierdistas), etc., es decir, años en que nuestro inmarcesible PCGC aún estaba un poco tierno o incluso estaría aún en la incubadora para escribir sobre lo que andando el tiempo serían sus grandes temas. ¿No les debe nada a tales autores? ¿Ignoraba su existencia? Es decir, que

no hay más estudiosos fuera del ámbito de las izquierdas, que el gran Ricardo de la Cierva. ¿Y Ramón Carande, Jesús Pabón, Ciriacó Pérez Bustamante, Vicente Palacio Atard, José Antonio Maravall, Luis Díez del Corral, etc.? Cualquiera de ellos le daba a De la Cierva capones con el codo. Y tan ricamente se atreve a decir que:

A diferencia de los historiadores de izquierda, De la Cierva diferenciaba claramente a las derechas del fascismo, aunque reconocía que las derechas españolas experimentaron, a lo largo del periodo republicano, un claro «vértigo fascista». El autor aceptaba, en ese sentido, el diagnóstico histórico de Ramiro Ledesma Ramos, sobre la inexistencia del fascismo en España y la «fascistización» de las derechas (p. 34).

Vamos, que hasta los fascistas más inteligentes y formados (Ramiro Ledesma fue discípulo de Ortega y Gasset) reconocían la evidencia. Luego no andaban tan descaminados los estudiosos españoles sobre nuestras derechas más o menos «civilizadas» o «asilvestradas» tan próximas al fascismo que a veces era imposible distinguirlas. PCGC de la mano de Stanley G. Payne va a aclararnos «definitivamente» las diferencias epistemológicas existentes entre la derecha y el fascismo español. Pero antes de sumirnos en semejante pozo de sabiduría proponemos una diferenciación mucho más práctica. Dos ejemplos breves y expresivos para distinguir a los unos de los otros. Adivina, adivinanza: ¿cuál es el «civilizado» y cuál el «asilvestrado»? Uno. He aquí una pequeña muestra de la sensibilidad social del político conservador del partido moderado, ministro de Instrucción Pública de Isabel II, Juan Bravo Murillo: «¿Qué legalice la existencia de una escuela de adultos donde van 600 jóvenes y hombres del pueblo a instruirse? No en mis días. Aquí no necesitamos hombres que piensen, sino bueyes que trabajen»⁶¹. Dos. Un siglo después el general Gonzalo Queipo de Llano, que sublevó Andalucía para la Gran Cruzada de salvación patria, les daba esta lección a los descendientes de esos mismos obreros de Bravo Murillo tan faltos de instrucción como sus ancestros:

⁶¹ Cit. por F. Garrido, *Historia de las Clases Trabajadoras*, t. IV. *El trabajador asociado*, Zyx, Madrid, 1973.

Nuestros valientes legionarios y regulares han enseñado a los rojos lo que es ser hombre. De paso, también a las mujeres de los rojos, que ahora por fin han conocido hombres de verdad, y no castrados milicianos. Dar patadas y berrear no las salvará⁶².

Y dos días después soltaba esta otra perla:

Ya conocerán mi sistema: por cada uno de orden que caiga, yo mataré a diez extremistas por lo menos, y a los dirigentes que huyan no crean que se librarán por ello; les sacaré de debajo de la tierra si hace falta, y si están muertos los volveré a matar⁶³.

¿Aclarada la diferencia entre la derecha y el fascismo español?

No, claro, para eso está la heurística y la hermenéutica de PCGC quien después de habernos mostrado sus mejores artes como mas-tín de pacotilla con la izquierda académica pasa a mostrarnos su extraordinario potencial como tiernísimo chihuahua para con Stanley G. Payne, erigido en luz, faro y guía de todo el ejército de *historietógrafos*, pseudohistoriadores banales, historiadores «liberales» y «ecuánimes equidistantes» en posesión exclusiva de la posición mágica, no de la fuerza física que prepara el druida Panorámix en las aventuras de Asterix el galo, sino de la fuerza intelectual, de la Verdad más verdadera que puedan alumbrar los siglos pasados y los por venir.

PCGC conceptúa a Payne de «liberal-conservador» y afirma que «sus tesis chocaron desde el principio con las defendidas por la historiografía de izquierdas» (p. 36), y aún menos en lo que atañe a su estudio sobre los militares en la España contemporánea, y que sus investigaciones históricas vinieron a demostrar que «la izquierda española no era necesariamente progresista ni desde luego democrática» (p. 37). Y así, «por méritos propios, Payne se convirtió en uno de los grandes especialistas mundiales en el fenómeno fascista»

⁶² Palabras de Queipo del 23 de julio de 1936. Cit. por M. Barrios, *El último vi-rrrey. Queipo de Llano*, Argos Vergara, Barcelona, 1978, p. 205. Barrios investigó en los archivos de Radio Sevilla para escribir esta obra.

⁶³ Declaraciones del 25 de julio en *ABC*, Sevilla, 26 de julio de 1936, p. 6. Gracias a Gibson ya disponemos de tan excelente antología del fascismo español más siniestro y repugnante. Véase I. Gibson, *Queipo de Llano, verano de 1936* (con las charlas radiofónicas completas), Grijalbo, Barcelona, 1980.

(p. 38). Pero no solo eso sino también en la España contemporánea, en la medieval, en la imperial y en la borbónica (p. 41). Todo lo que hace a continuación PCGC es un largo y tedioso repaso a nivel de bachillerato de la historia contemporánea de España sobre la base de los comentarios que hace Payne a lo largo de sus libros, lo que le permite citar y citar sin descanso ni medida ni justificación (110 citas a pie de página en 33 de texto) pero sin llegar a mostrarnos nunca la pretendida enjundia del asunto hasta llegar a la parte más sabrosa de su «estudio» en que nos dice, sobre la base del gran Payne, que la Guerra Civil trajo consigo la revolución obrera «más amplia y prácticamente la más espontánea de las ocurridas en ningún país europeo, Rusia incluida». El «alzamiento [*sic*] fue, de hecho, “una sublevación preventiva” contra el gobierno frente populista y, en general, contra el proceso revolucionario». A estas alturas porfía PCGC en seguir utilizando semejante terminología y semejante tesis. Se quita lo de «Nacional» y se pone en minúscula el golpe de Estado... y ya tenemos servida la nueva «revolución metodológica» de PCGC. Y prosigue: «Así pues no se trató de un conflicto entre fascismo y democracia, sino entre revolución y contrarrevolución. A este respecto la Guerra Civil no fue el primer episodio de la Segunda Guerra Mundial, sino el “último coletazo de la Primera”» (p. 56). ¿Y por qué no la cuarta guerra carlista del siglo XIX en vez de la primera guerra moderna del siglo XX? Ya puestos...

Y por lo que respecta a Franco la gran revolución epistemológica de Payne sobre el dictador pasa de haberlo considerado «el gran enigma de la España del siglo XX» [¿?] al «más exitoso contrarrevolucionario [sin revolución previa pero provocándola] del siglo XX» pasando por «un militar profesional, un nacionalista español y un regeneracionista» [las tres inciertas y muy discutibles], «de convicciones católicas y monárquicas, aceptó pragmáticamente la República» [mientras no le quedó otro remedio] y «recelaba del liberalismo político» [recelar no es el verbo adecuado: repudiar, sí], «se identificó con la CEDA» [muy relativamente] y «se unió a la rebelión... sobre todo tras el asesinato de Calvo Sotelo» (p. 57). Aserto este igualmente falso puesto que el avión encargado de ponerle al frente del Ejército de África ya estaba contratado desde mucho antes del asesinato del líder derechista.

Nos ilustra PCGC a propósito del tema sujeto a análisis (¿investigación?), diciendo: Payne conceptualiza el régimen [repetimos,

no le sacarán lo de dictadura franquista ni con fórceps], en esa coyuntura, como «semifascistizado», por lo menos hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Pero, dicho esto, de acuerdo con la depurada lógica y hermenéutica que le caracteriza, nos ilustra diciendo que «el falangismo» [lo que hay que inventarse para eludir la palabra fascismo. ¿No era FE un partido fascista?] siguió formando parte del régimen [ya digo, no esperen que salga de su boca la palabra dictadura; el franquismo fue una cosa más amable, hombre] nacido de la Guerra Civil. Y es que, a diferencia de otros regímenes conservadores autoritarios [*sic*], como el portugués [lo de Oliveira Salazar tampoco era una dictadura], el yugoslavo o el rumano [¿también dictaduras amables?], el franquismo no reprimió al movimiento fascista, integrándolo para siempre en sus instituciones. Se produjo, así, lo que Payne denomina «el extraño caso del fascismo español», es decir, su supervivencia hasta la década de los sesenta del pasado siglo. FET se convirtió en un «partido único posfascista» [*sic*] (p. 58). Chúpate esa mandarina. O sea, que tras marear la perdiz el franquismo fue fascista *ante, inter y pos* Guerra Civil. Menos mal que ha venido el gran experto mundial en fascismo y su entusiasta palmero a decírnoslo a la izquierda académica, pues no habríamos caído en ello jamás de los jamases sin su preclara ayuda.

También nos dice PCGC: a juicio del historiador norteamericano, lo más original del régimen fue el intento «arcaizante de revivir el tradicionalismo cultural y el fundamentalismo religioso, llegando a un extremo sin precedentes en ningún otro régimen europeo y casi guarda más parecido con el integrismo islámico que con el fascismo italiano». Para fundamentar tan preclara afirmación de Payne (no es irónico el comentario), nos cita PCGC su libro sobre el régimen franquista⁶⁴. No obstante, ¿no ha escrito en 30 años nuestro más grande especialista nada nuevo al respecto? ¿No se ha publicado nada en este tiempo por los especialistas en la materia que merezca ser puesto en valor? Y a continuación nos glosa otra interesante cita de Payne diciendo que Franco «fue la última gran figura del tradicionalismo español [cierto] que trató sin éxito [ob-

⁶⁴ Cita la edición de 1987, pp. 652-654 que presuponemos se trata de la misma que la nuestra, Stanley G. Payne, *El régimen de Franco, 1936-1975*, Alianza, Madrid, 1986, pues no dice 2.ª ed., ni nada parecido.

viamente] de conjugar la modernización y la tradición» (p. 59). ¿Lo intentó verdaderamente o eran simples amagos siempre *à contre-cœur* y para disimular? ¿Cómo podría casarse el agua con el aceite? Pues eso.

Pero donde ya rayan a muy alto nivel nuestros grandes expertos es cuando, después de tantas páginas reiterativas, sin actualizar, pasadas de moda, mortalmente aburridas, nos dicen que «la derecha, en términos históricos, ha desaparecido, no se puede hablar de derechas, hay que referirse a la “no izquierda”». Caramba, recontra, cáspita, recórcholis... O sea que la izquierda existe, está vivita y coleando y no para dar el coñazo, pero la santa y sufrida derecha (la otra cara del espejo, el otro lado de la luna...) ha desaparecido, se ha esfumado, ha hecho mutis por el foro, se ha dado las de Villadiego. ¿Era o no era correcta nuestra presunción de que nos hallábamos a las puertas de una nueva revolución epistemológica de la mano de G. Cuevas y G. Payne? Ya no hay derechas en España. Kaput. Y por fin, tras tan larga travesía por el desierto, se disponen a proporcionarnos el balance [*sic*] de su estudio [*sic*] que

[...] gracias a los estudios de Stanley Payne hemos podido conocer mucho mejor la trayectoria histórica de nuestras derechas. Payne ha sido capaz de ofrecer una «historia razonada» de nuestro más próximo pasado. Su obra ha supuesto una seria rectificación a los esquemas demonológicos y reduccionistas de un sector de la historiografía española y europea. Todo un legado para una generación de historiadores españoles que, defraudados por las corrientes dominantes en su periodo de formación, pudieron recuperar, gracias a sus aportaciones y a las de otros autores, el norte intelectual y metodológico (p. 60).

¡Toma Jeroma, pastillas de goma! Aquí como hemos visto y lo que nos queda por ver solo hace «historia razonada» la «no izquierda», los demás son irracionales o sea un poco locos (vale, Perales). Pero nosotros –a diferencia de PCGC que se pone hecho un basilisco– no nos enfadamos porque nos digan que somos irracionales. Estos preclaros y agudos comentaristas nos han liberado de nuestras cadenas mentales, de nuestro proverbial reduccionismo y demonización del Santo Cruzado y su bendito «régimen», y a los

colegas hispanistas también. G. Payne & G. Cuevas nos señalan el recto camino a los que se dejaron embaucar por los cantos de las pérfidas sirenas y que ahora, gracias a sus aportaciones (Payne) y a las de otros autores (él), pueden al fin recuperar el norte intelectual y metodológico.

Lo de «intelectual» y «metodológico» te ha quedado hiperhiperguay, colega.

Y *Capri c'est fini*.

DEMASIADO BUQUE PARA TAN POCO MARINERO

Aprovechando las llamadas tradicionales a la paz y la concordia propias de las Navidades (2015), el señor González Cuevas se fijó otro «gran objetivo historiográfico»: tumbar a Paul Preston que, huelga aclarar, tampoco es santo de su devoción⁶⁵.

Es curiosa la proyección psicoanalítica en la que incurre PCGC de continuo achacando a sus criticados las malas prácticas en las que él se sumerge con tanta unción. La mejor prueba de tan conturbada personalidad como venimos diciendo es el rebote que se pilla cuando, una vez constatada semejante incoherencia, se da por aludido y se cabrea como una mona porque se le recomiende cristianamente acudir a terapia. El texto citado es una verdadera perla literaria, una auténtica joyita que pasará a los anales por su singular fiereza como una de las más deleznable antologías de la zafiedad humana. No alcanzamos a saber qué «razones» hayan podido despertar al señor Cuevas semejante odio cainita contra el hispanista británico por muy en desacuerdo que esté con su obra historiográfica⁶⁶. Como no tiene categoría intelectual ni conocimientos para un debate historiográfico pues insulta y descalifica y Santas Pascuas. Siga haciendo méritos glosando y enaltecendo la obra del señor Payne, por ejemplo, que algo acabará por caer pero no nos contamine el espacio público, porfi. Y no insista, que insistir es de mala educación. ¿No es acaso significativa la coincidencia insulta-

⁶⁵ P. C. González Cuevas, «Masoquismo nacional: el caso Paul Preston», *La Crítica* (León), 26 de diciembre de 2015.

⁶⁶ P. C. González Cuevas, «El hispanismo de Paul Preston», *Razón Española* 161, Madrid, mayo-junio de 2010, pp. 261-295.

dora con un personaje como Ricardo de la Cierva que hizo lo propio con Paul Preston y cuántos se le pusieron a tiro?

¿Qué espera, que Viñas y Preston desciendan a su nivel? Su empeño en derribarlos es similar al de un peso mosca de 46 kilogramos, y 155 centímetros de altura que se empeñara en noquear al Cassius Clay o Muhammad Ali de sus mejores tiempos. ¿No comprende que ellos juegan en otra liga? Según el texto al que estamos refiriéndonos habría que declarar a Paul Preston persona *non grata* nada menos, y como empiezan a lloverle en cascada los doctorados *honoris causa* al hispanista británico, le deben de dar unos ataques de celos bastante ridículos (como le pasaba a De la Cierva con Southworth o Tuñón de Lara) que lo dejan al pobre al borde del infarto. Cualquiera día le da uno de verdad y la palma *disperato*... El Cielo no lo consienta.

Por lo que se ve ha encontrado nuestro hombre un buen verteadero en forma de periódico periférico donde arrojar sus vómitos y demás excrecencias cuando le peta a falta de un medio serio y solvente, porque no creemos que el diario *La Crítica* de León esté tan mal informado como para pensar que da lustre a sus páginas publicando este género de artículos de autores completamente marginales que no tienen el menor peso e influencia en la llamada república de las letras. Pretender que el texto que comentamos es crítica historiográfica es confundir el culo con las témporas o la velocidad con el tocino. O sea, cosa de psiquiatra, diagnóstico que lo pone de los nervios (nada presuntamente). El estado de nuestra cultura es lamentable pues de otro modo no se entendería la audiencia que le concedemos no pocos al hispanista británico, al que PCGC le niega tener el menor atisbo de pensamiento histórico a diferencia de otros historiadores británicos relevantes que cita. Lo descalifica en todos los ámbitos a base de simples juicios de valor, que es de lo que acusa a Preston de hacer pese a la ingente documentación que este maneja para fundamentar sus libros. Preston no iría más allá de cierto «moralismo sublime» nos dice. De esta a PCGC se le ha desplomado la melena a lo Donald Trump y se le ha quedado cara de estreñido o de lechuguino, según se mire. Presuntamente.

Trata de hacer PCGC un repaso al conjunto de su obra en apenas una hojita a base de dos renglones por libro, lo que solo le permite mencionar cada título. Todo un deslumbrante ejercicio de síntesis y de crítica histórica «razonada» capaz de convencer al más

incrédulo y que le habrá dejado intelectualmente exhausto. Espacio le sobra para decir de él que es simplista, elemental, superficial, maniqueo, radical y que no alcanza la categoría de historiador adjudicándole la de «cronista» como mucho. ¿En contraposición a él? ¿No es de risa? ¿Hay algo más que una vulgar diatriba encadenando toda una ristra de insultos? Nada de nada. Apenas la habitual penosa muestra de su opinología banal e insultona sin el más mínimo interés. Todos los éxitos y méritos de Preston se convierten a sus ojos en papanatismo y deméritos. Miente a conciencia cuando dice que Preston da su apoyo al proceso de secesión catalana. Preston lo que dice es que no ve la resolución del conflicto catalán sin una consulta legal. Opinión que puede ser discutible, y yo se la discuto, pues de momento opinar no cuesta dinero, pero no es lo mismo que decir que apoya o está a favor de la secesión de Cataluña, que es lo que afirma que dice Preston este gran manipulador. Mañana nos dirá que Preston también apoyaba el *Brexit*. Vaya pretendido «historiador». Vamos a tener que tirar sus libros a la basura. Desvelada su conturbada personalidad (como las de Ricardo de la Cierva, Pío Moa, José María Marco o Federico Jiménez) que le impulsa a falsificar la realidad por sistema, como para fiarse de lo que ha escrito y escribe este personaje pese a querer dárseles de profesional serio y respetable.

Todas las universidades españolas que han hecho *doctor honoris causa* a Preston han incurrido en el papanatismo característico de la cultura española, dice este sagaz analista cultural, como las de Valencia y Extremadura. Se olvida de la mía (aunque a lo mejor dada su ubicación geográfica la considera extranjera), que fuimos los primeros papanatas de España en concedérselo. Ahora Preston ha añadido a su colección el de la Universidad de Barcelona tan papanatas como las demás que las hemos precedido. Y vendrán más. En fin, si la envidia fuera tiña, cuántos tiñosos habría. Cuánto resentimiento, cuánto desprecio por el talento, el trabajo y la obra ajenas (reconocida y premiada nacional e internacionalmente). Cuánto pigmeo ensoberbecido anda suelto por ahí queriendo hacerse un lugar al sol a base de meros insultos y descalificaciones a quienes pese a padecer el insoportable defecto de fábrica de ser de izquierdas (lo que al parecer les nubla el entendimiento y les impide escribir libros solventes de historia como los suyos), sus obras están a años luz de sus inexistentes entendederas. Por lo visto, solo siendo

de derechas, falsamente liberales, neofranquistas encubiertos, anti-izquierdistas viscerales, se pueden «crear» ese conjunto de obras maestras que nos regalan cada lunes y cada martes estos nuevos cruzados a la caza del lobo rojo.

Todavía no se enteran este conjunto de autores de tan diverso pelaje que no se les critica por derechistas, sino por lo que dicen y como lo dicen. Son incapaces de demostrar empírica y documentalmente todo lo que hacen los historiadores con material archivístico de primera mano y no con la simple cháchara, tan insustancial como pedestre, de la que se sirven PCGC y otros de su cuerda para escribir sus propias banalidades. PCGC se piensa que nos va a impresionar a estas alturas porque recargue sus articulitos de citas y más citas que no vienen a cuento en plan «erudito a la violeta» y que no demuestran nada de nada de lo que pretende demostrar. Pero ¿tiene discurso este (presunto) crítico?

Nuestro ilustre boquirroto apenas genera pura opinología ideologizada en grado sumo. Necesita atacar a personalidades respetables para dar testimonio de su vulgar existencia. Una existencia gris, banal y ridícula, que no consigue hacerse oír ni a base de impostados gruñidos o de gritos destemplados. Insista con sus naturales rebuznos a ver si acaba teniendo más suerte. Cómo le gustaría que historiadores de referencia obligada como Viñas y Preston (lo que no es su caso), le replicaran para darle algún minutito de gloria, pero no le caerá esa breva pues siempre están trabajando en libros que PCGC es incapaz de escribir, y no tienen tiempo que perder a diferencia nuestra que, como puede apreciarse, andamos sobrados. Esa ha sido su desgracia.

Toda la ingente obra de Preston contable en miles de páginas, producto de una ejemplar vocación y dedicación de tantos años a España ya, traducida, premiada y profusamente leída... ¿despachada en un plis-plás de una paginita de un periodiquito menor por un fulano al que no lee ni su padre? ¿Piensan editores y autores que publicando esa basurita, como antes lo hacían en *El Cato-blepas* sin límite ni medida u otros medios similares, podrán dejar de ocupar plaza en el lodazal donde el señor PCGC hoza (presuntamente) tan feliz?

Estos tipos siempre esperan ansiosos algún tipo de réplica que los sitúe en el mapa aunque sea efímeramente. Bueno, pues este novato, al que ya se le advirtió educadamente que se fijara bien en

lo que decía y a quién le aplicaba sus descalificaciones para no calumniar ni decir tonterías gratuitamente y a destajo, como en su día le pasó a Moa, ha hecho oídos de mercader a nuestra noble y caballerosa advertencia y, sin embargo, vuelve a la carga siempre que puede con la persistencia propia del fanático obsesivo compulsivo (presunto). Ahora se ha empeñado en insistir como los tontos y tira por elevación reclamando ansiosamente su ración correspondiente de alfalfa. Nuevo «masoca» *habemus*. Para que quede clara esta contenida réplica «definitivamente» (como siempre afirmaba don Ricardo de sus indigestos ladrillos) reproduzco aquí textualmente lo que escribimos hace años (2008) sobre don Pedrito diferenciándolo claramente de los *historietógrafos* tipo Pfo Moa.

También nos produce cierto asombro, si bien colateralmente, Pedro Carlos González Cuevas, cuya obra historiográfica, a diferencia de la de Moa, nos merece respeto porque aprendemos de ella, a diferencia de lo que nos ocurre con el Pobrecito hablador de la que nos resulta imposible extraer el más mínimo beneficio por trivial, banal, tediosa y reiterativa. No obstante, quisiéramos recomendarle que lea con algo más de atención y así no diría que determinado autor o autores se habrían abandonado a un «delirio jacobino». (Este Moa es letal, contagia su estilo.) De otro modo, en su certero ejercicio crítico a Moa, no equivocaría el tiro como lo hace sacando los pies del tiesto. Podría haberse ajustado al patrón utilizado en su demoledora –y a nuestro juicio justa– crítica al libro inútil de Federico Quevedo sobre Adolfo Suárez.

Pretender haber descubierto ¡con Moa! un «pathos antiliberal» en según quién, le sitúa en ese terreno a su mismo nivel y demostraría, en este caso, su escasa capacidad de hermeneuta que, por otra parte, tiene tan bien acreditada en sus valiosos estudios sobre las derechas españolas. Por eso en el trazo psicológico-ideológico debería ser más exigente para no patinar como un aprendiz. Nunca hay que sacar frases de su contexto (como hace Moa) para hacerles decir a sus contradictores (como hace Moa), lo contrario de lo que dicen. O sugerir o insinuar manifiestas pero inexistentes falsedades (como hace Moa) para dar así la apariencia de ser muy objetivo (como hace Moa) aún a costa de inducir al lector por un camino equivocado. En nuestro caso, si hubiera leído *Anti Moa* de la cruz a la fecha, no le fallaría la puntería como le falla para tomarnos por lo que no hemos

sido nunca, adjudicándonos patologías antiliberales (¿?), y aún menos estar dispuestos a serlo aun circunstancialmente con él porque haya tenido un mal día. Pero no insista, no haga como Moa y se contagie de su lamentable estilo, que luego pasa lo que pasa⁶⁷.

¿A la vista de todo lo que antecede cabe preguntarse si PCGC será un avatar, un mutante o un *homo sapiens* en recesión? Quizá. Pero como insiste, y el ser humano es el único animal que tropieza en veces en la misma piedra, pues vuelve a tropezarse por ir mirando a las musarañas en vez de fijarse bien por dónde camina, así que le retiramos el crédito que le habíamos concedido y las buenas maneras. Y como equivocarse es humano y rectificar divino, nos aplicamos al cuento y tratamos aquí a este presunto caballero ya en otro tono a la vista de los artículos comentados. Luego que no lllore y se ponga a decir que somos zafios, cínicos, risibles y otras lindezas porque, como decíamos de chavales para reírnos de los burdos insultadores como PCGC, «a fonemas emitidos por laringes estólicas la trompa de Eustaquio permanece en estado letárgico».

Advertido quedó en su día, pero por lo visto no sabe leer o no se entera. ¿Analfabetismo funcional? A lo mejor es que le va la marcha. Bien, pues ya tiene nuestra réplica y bien generosa que tanto debía de ansiar y que nos hemos tomado la libertad de ejercer para poner las cosas en su sitio. Leyéndolas no se sentirá levitar de satisfacción –presumimos–, hacia la Gloria sublime salvo que sea masoquista, pero consuélase que menos da una piedra. Con estos breves comentarios jocosos y desde luego mucho más piadosos de lo que se merece va que chuta. No espere más por muy burro que se ponga.

Ya se lo advertimos también a Moa diciéndole que con una obligada réplica iba que chutaba y dábamos por finalizada la partida a la que con tanto descarro como suficiencia nos retaba, así que tome nota. Nos sumamos al sabio silencio que ejerció Tuñón de Lara, al de Ángel Viñas, Paul Preston o Eduardo González Calleja, quien por cierto aborda en sus libros temáticas parejas a las suyas, solo que con muchísima mayor solvencia. No perderemos más nuestro tiempo leyendo ni contestando a este «caballero». Va a poder desfogarse a gusto, pues no se encontrará otra cosa por nuestra parte que con un espeso silencio que, visto está, le excita aún más

⁶⁷ A. Reig Tapia, *Revisionismo y política...*, op. cit., pp. 258-259.

que si se le siguiéramos el rollo. Y excitado, como debe estarlo siempre, tiene un careto que asusta pero también inspira. Uno o dos capones, vale, pero insistir ya sería de mala educación y no nos apetece descender a su altura, que después se nos resienten los riñones al volver a ponernos de pie.

ADIEU L'AMI

Ahora ya en serio.

Nos lo dijo con toda claridad y lucidez Tuñón de Lara hace ya mucho tiempo y aún no hemos aprendido a hacerle caso como debiéramos cuando Ricardo de la Cierva (el «gran maestro» de todos estos insultadores profesionales de escasa chicha) le atacaba, menospreciaba y calumniaba cada lunes y cada martes reconcomido por la envidia y los celos de que un perdedor de la guerra civil, primero exiliado y después recuperado para la universidad española para fortuna de nuestra cultura, un republicano honrado, patriota, decente y coherente, un historiador que aunaba la erudición y el conocimiento con la claridad, con la palabra España siempre prendida de su corazón y batallando en precarias condiciones profesionales por dar a conocer la historia y cultura españolas, llegara sin embargo a gozar del prestigio y reconocimiento público e intelectual que él pugnaba inútilmente por alcanzar, salvo erigiéndose en el jefe de fila de los vencedores ignorantes, prepotentes, resentidos, envidiosos y él, particularmente, infumable pelotillero halagando al general superlativo hasta la mismísima indignidad⁶⁸.

⁶⁸ Don Ricardo, en el que presumimos fue su primer libro (suponemos que comprada la edición al completo y utilizada para alimentar el fuego del hogar), firmó en Numancia nada menos en el otoño de 1962 una dedicatoria a Franco verdaderamente insólita que él mismo calificaba de estar «lejos de toda adulación servil» y que, sin embargo, nosotros que consultamos tal joya en la Biblioteca Nacional pudimos comprobar que era el paradigma más explícito de todo lo contrario. Nos abstendremos de reproducirla aquí por considerarla precisamente antológica del servilismo más infame. El lector curioso puede hacerse una idea de lo que decimos y tenemos por costumbre documentar con el fragmento que reproducimos en A. Reig Tapia, *Ideología e Historia...*, op. cit., p. 76. Y si excitado quiere verla al completo y ahorrarse el viaje a la Biblioteca Nacional, Á. Viñas la reproduce íntegra «salvando» así para la historia tan precioso texto del mayor turiferario de Su Excelencia. Véase Á. Viñas, *La conspiración del general Franco...*, op. cit., pp. 323-324.

Los más decentes, cultos y sensibles de los vencedores, como Dionisio Ridruejo, se pasaron rápidamente al campo de los vencidos y permanentemente humillados. Además don Ricardo era muy gracioso, y otro gran hermeneuta. Por ejemplo, escocido con Preston por la contrabiografía que le dedicó a su admirado caudillo (reeditada, ampliada y traducida a otros idiomas a diferencia de la suya)⁶⁹, le dedicaba en uno de sus habituales libelos todo un capítulo a insultarle prodigándole verdaderas «perlas» propias de coprófagos, pues le estaba disputando su coto de caza particular: la figura del caudillo. Se refería a él como el «paisano de los Beatles» por ser oriundo de Liverpool, cuya universidad le ha honrado con un doctorado *honoris causa*. ¿Hace falta añadir algo más para tumbar intelectualmente a Preston? No, también le dedicaba alguna que otra flor a la altura de su indignidad que no reproducimos aquí por elemental buen gusto. Don Ricardo, a diferencia de PGC era todo un profesional del insulto⁷⁰. Lo dicho, q.e.p.d. Como mejor prueba de la calidad humana de ambos, De la Cierva y Preston, coincidieron en una ocasión en una céntrica avenida madrileña. «¡Hombre, don Ricardo –le espetó el inglés al azorado De la Cierva–, usted por aquí!» Antes de que el pobre hombre pudiera cambiar de acera, Preston le propinó un fuerte abrazo: «¡Cómo me alegro de verle!». Una excelente muestra de humor británico y obligada educación que nunca está de más. Y es que siempre ha habido «clases» (en singular) y siempre seguirá habiéndola⁷¹.

Pues ese es el nivel «dialéctico» no ya del *pater* franquista y neofranquista, y del de sus continuadores, sino del de sus más fervientes seguidores que pasan a convertirse con semejantes modos en simples secuaces. No en vano se dice con acierto que: «La mala doctrina no tiene medicina: costumbres de mal maestro sacan hijo siniestro». Estos pájaros sí que forman una singular «escuela», la

⁶⁹ Efectivamente, la biografía de Franco de Ricardo de la Cierva nos la encontramos hace mucho tiempo en un mercadillo de Madrid a precio de saldo mientras que la de Preston no deja de reeditarse, traducirse y actualizarse desde su primera edición en inglés (1993) hasta la última. Véase P. Preston, *Franco. Caudillo de España*, Debate, Barcelona, 2015, edición actualizada, 1087 pp.

⁷⁰ R. de la Cierva, *No nos robarán la Historia*, Fénix, Boadilla del Monte, 1995, cap.1, «La antibiografía mendaz de Paul Preston», pp. 3-59.

⁷¹ Cit. por D. Barba: «Hispanistas. Terapeutas de nuestra Historia», *ByN Dominical* 74, Madrid, 31 de marzo de 2002, pp. 38-47.

de los *historietógrafos* admiradores del dictador Francisco Franco que, cuanto más lo estudian (¿?) más lo admiran, como dice Moa, a diferencia nuestra que nos ocurre justamente lo contrario, y por eso se nos insulta y se nos calumnia.

Cuando le comentamos a Tuñón que por qué no le contestaba a tan indigno personaje como se merecía («Don Cierva» le llamaba jocosamente Francisco Umbral), pues cargaba sobre él cada lunes y cada martes, me dijo: «A mí no me importa; no ofende quien quiere, sino quien puede, y yo por mi parte no voy a dar el menor pábulo para entrar en una espiral de violencias verbales que no conducen a nada positivo. Nosotros no vamos a descender a su nivel. La Guerra Civil acabó hace mucho tiempo y hay algunos que se empeñan en seguir manteniéndola latente pues viven de eso. Conmigo que no cuenten». *Amén.*

Efectivamente, así lo hizo Tuñón, así es, viven de *eso*. Él hacía historia, estos tipos tratan por todos los medios de ensuciarla. Otra lección del entrañable maestro que nos sentimos incapaces de aplicárnosla. Lo sentimos, pero no somos del género de los que dan la callada por respuesta cuando nos ofenden a los seres queridos, admirados y honestos que nos ha tocado en suerte conocer y tratar de cerca a lo largo de nuestra vida, y de paso aprender de ellos y, a diferencia de estos pobres diablos que ni aprenden nada de nadie, ni enseñan nada de nada, salvo sus vergüenzas, ni han tenido el menor trato personal con figuras destacadas, una ética ejemplar y el valor irrenunciable de la dignidad.

Este pájaro (metafóricamente hablando) al que nos estamos refiriendo no dejará de desenfundar de nuevo y apretar con saña el gatillo contra sus fantasmas personales no contento con los vituperios y calumnias lanzadas contra Tuñón de Lara, Ángel Viñas, Paul Preston u otros similares con igual fiereza. Parece que PCGC ha encontrado una mina. No es casual que estemos hablando de algunos de nuestros historiadores contemporaneístas más prestigiosos, influyentes y reconocidos dentro y fuera de España.

PCGC, a la vista de lo que hemos visto, resulta tóxico, demuestra padecer problemas mentales y manifiestas deficiencias morales al lado de cualquiera de los que insulta y desprecia como lo confirma plenamente, por mucho que se enfade, que cuando se lo hacen notar se pone hecho un basilisco aunque no sabemos por qué, ya que no se le menciona para nada en los artículos aquí glosados por

lo que cabe aplicarle dos sabios consejos del refranero popular: «Quién no sea cofrade, que no tome vela» y «Quien a veneno está hecho, sírvale de provecho». Está claro que no puede sobrellevar su insoportable y mediocre anonimato, él que se cree tan importante. *Vanitas vanitatum et omnia vanitas*.

Y ahora ya, para rematar la faena y quitarnos el mal sabor de boca, volvamos un poco al tono festivo y jocoso del que a veces involuntariamente nos salimos sin darnos cuenta cuando nos topamos con personajes como PCGC. En honor de don Antonio Machín y el gran Charlie Rivel le rebautizamos a nuestro señor crítico como «Esperanza» (ligeramente «editada» para la ocasión), pues la esperanza de regeneración o reinsertión social es lo más importante que siempre debemos esperar de un ser humano que ha perdido el norte pero queremos creer que pueda encontrarlo de nuevo, así podremos despedirle como se merece, que lo cortés nunca está de más. Mientras tanto quedamos a la espera esperanzada de que haga mutis por el foro definitivamente y no contamine más el ambiente pues así no se le torcería el gesto tanto y quedaría más resultón. Pero no se ponga ahora a decir como hacen otros (Pío Moa antes o ahora Jorge M. Reverte) que exigimos que se les haga callar. ¿Cómo podríamos? Lo que no puede ser, no puede ser y además es imposible. Dedíquese a escribir seriamente en vez de cabrearse tanto porque no le hacen recensiones de sus libros y nadie importante cuenta con él para nada. Podría escribir un libro titulado con la genial ocurrencia de Chaplin en *El gran dictador* (1940): *Heil to myself!* Vamos, que está encantado de haberse conocido. No descartemos el riesgo cierto de que aún pueda hacernos pasar en cualquier momento otro ratito divertido pues nosotros (por solidaridad), ya arrepentidos (de verdad, don Pedro) de haberle enviado al psiquiatra (sin mala intención), encontramos que sería mucho más justo tras su necesaria estadía en la incubadora un par de mesecillos mandarle al circo, allí mejoraría a Gaby, Fofó, Miliki y Fofito y haría sin la menor duda las delicias de los pequeñines:

Ay, qué pena me das,
Esperanza, por dios,
tan graciosa pero
no eres buena.

Ay, qué pena me das,
Esperanza, por dios,
tan graciosa
¡y sin corazón!
Esperanza, Esperanza,
solo sabes bailar cha-cha-chá
Ay, Pedrito, ay, Pedrito,
solo sabes gruñir y envidiar.
Ay, Pedrito, ay, Pedrito,
solo sabes gritar e insultar.
Ay, Pedrito, ay, Pedrito,
¿cuándo dejarás de rebuznar...?